

Clara Voghan

# Un Saludo Distinto

*2da. edición digital  
corregida y anotada*



Reading & relax, I

© Clara Voghan, 2003

Todos los derechos reservados.

Exp. 263720

Edición digital de CCM

de distribución gratuita,

se prohíbe su venta.

Información y comentarios:

*[claravoghan@mailbolt.com](mailto:claravoghan@mailbolt.com)*

Pedidos

y representación editorial:

CCM

*[claravoghan@lycos.com](mailto:claravoghan@lycos.com)*

Grupo en Yahoo

*<http://ar.groups.yahoo.com/group/claravoghan/>*

# La familia

La mochila<sup>1</sup> al hombro y la carpeta de planos servían de contrapeso a su andar ligero. Su falda, mecida por el viento, se arremolinaba constantemente entre sus muslos firmes.

¡Otra vez llegaba tarde!, (aunque la excusa de la facultad era perfecta: cuando de reuniones familiares se trataba, adoraba sus clases de los sábados a la mañana).

Se detuvo frente a la casa de su tía. Miró el reloj. Intentó luchar con un mechón rebelde empeñado en caer sobre sus ojos, y una vez más, como tantas aquel día, quiso aquietar las tablas de su pollera<sup>2</sup>. Todo en vano.

Estaba tomando algo de valor para poner su dedo sobre el timbre, cuando la puerta se abrió de par en par. Su prima la estaba esperando.

---

<sup>1</sup> mochila: morral, bolsa sujeta con correas que se usa en la espalda.

<sup>2</sup> pollera: falda.

—¡Marcela! ¡Plantaste<sup>3</sup> “al nabo”<sup>4</sup>!—dijo ésta con aire divertido, a modo de saludo.

Cristina, como anfitriona, podía ser bastante molesta si se lo proponía, y ese día parecía estar particularmente inspirada.

En su interior, Marcela gruñó contra la indiscreción de su madre. Acababa de entender cuál había sido el tema de conversación en la mesa familiar durante el tiempo en que había estado ausente, y cuál sería durante las próximas cuatro horas.

—Sí, dejamos de vernos.—respondió la muchacha, en medio de un involuntario suspiro. Aborrecía aquella odiosa costumbre de su madre de hablar de la vida privada de sus hijos con la misma liviandad con que en otras épocas había hablado de sus travesuras o sus logros escolares.

No pudo librarse tan fácilmente de Cristina. Tuvo que contarle detalladamente hasta el último gesto que hizo Nacho al enterarse de su decisión, y jurarle que

---

<sup>3</sup> plantar a alguien: en Argentina, romper una relación

<sup>4</sup> nabo: expresión en boga en la Argentina de los últimos veinte años para denominar a un tonto.

no había otro en su vida, todo aquello en los escasos dos minutos que tardaron en recorrer el pasillo hasta el comedor.

Allí las mujeres de la familia charlaban y reían a los gritos, tratando de entenderse por sobre el ruido que hacían sus hijos jugando en el patio. Marcela saludó a todas rápidamente, evitando los consejos de las de treinta, burlas de las de veinte, y pedidos de informe de las de más de sesenta. Al terminar la ronda se dirigió al living. Disfrutó un momento del silencio, y decidida a tardar lo más posible, se dirigió con paso lento a dejar sus cosas sobre el sofá de su tía. Estaba agachada acomodando sus carpetas, cuando no pudo evitar tener una sensación de incomodidad: era como si alguien la mirara. Se incorporó, y giró rápidamente sobre sí misma. Ahí estaba. Desde el otro extremo del cuarto, Rubén, el esposo de Cristina, la contemplaba en silencio.

—Hola—dijo Marcela, tratando de romper el hielo.

—¡Hola!—respondió él, acercándose a saludarla, sin dejar de mirarla fijamente.

Últimamente no podía evitar sentirse incómoda cada vez que estaba sola en un cuarto con el marido de su prima. Y cada vez se encontraba más frecuentemente sola con él. ¿Era idea suya?

Sintió unas terribles ganas de escaparse. Pero ¿hacia dónde? El comedor era un verdadero aquelarre. La puerta de calle era tentadora, pero huir de una reunión familiar era pecado mortal en una familia ciento por ciento italiana como la suya.

De repente, la cocina pareció iluminarse.

—Voy a hacerme un te—dijo, mientras salía atropelladamente.

La cocina, aparentemente callada, bullía. Los hombres estaban en el comedor diario, concentrados en un juego de truco<sup>5</sup>. Por momentos se cortaba el silencio, pero seguidamente los gritos eran tantos, que opacaban las voces de las mujeres y los chicos. La entrada de Marcela los distrajo momentáneamente.

—Poné la pava<sup>6</sup> para hacer mate<sup>7</sup>—ordenó Alberto, a modo de saludo. Nunca se podía esperar demasiada amabilidad del propio hermano.

---

<sup>5</sup> truco: en Argentina, juego de naipes basado en la habilidad de los jugadores para mentir.

<sup>6</sup> pava: recipiente de metal con asa, tapa y pico, usado para calentar agua.

<sup>7</sup> mate: infusión de yerba mate.

—¿Así que “al nabo” lo mandaste a plantar rabanitos<sup>8</sup>?—vociferó su tío.

Una rápida algarabía corrió entre los presentes. Los chistes gruesos acerca del apodo del pobre novio abandonado, se escucharon en andanada. Pero al menos fue breve: del sexo del chico pasaron rápidamente al del director técnico de Boca<sup>9</sup>, y, por supuesto, también al de River<sup>10</sup>. Afortunadamente, mientras las mujeres hablaban incansablemente de hombres, hijos y dietas, los hombres lo hacían de football, football, y sólo en temporada, de “Fórmula uno”, autos y football.

---

<sup>8</sup> mandar a alguien a plantar rabanitos: Expresión coloquial por “mandarlo al diablo”.

<sup>9</sup> Boca: uno de los principales equipos de football en Argentina. Se le dice “bosteros”.

<sup>10</sup> River: uno de los principales equipos de football en Argentina. Se les dice “gallinas”. Eternos rivales de Boca, el enfrentamiento entre ambos equipos fue nominado recientemente como uno de los eventos mundiales que ningún amante de los deportes debe perderse.

Marcela se encerró en la cocina. La mesada estaba llena de comida, y ella estaba famélica. Comenzó a hacerse un te mientras mordisqueaba una masita<sup>11</sup>.

Los chicos gritaron en el patio. Levantó los ojos, miró a través de la ventana y... ahí estaba él, Rubén, mirándola del otro lado. Bajó inmediatamente la vista.

—¿No hay un te para mi?

Pegó un salto al escuchar la voz de Damián. Tenía la costumbre de sorprenderla, acercándose sin que ella lo advirtiera, y susurrándole al oído. Siempre le corría un escalofrío cuando él hacía eso...

—Creí que tenías guardia en el hospital...

—Pude cambiársela a Inés. Buena mina<sup>12</sup>, Inés... Sabés que estas fiestas de tu familia son una excelente oportunidad para probar comida casera – respondió Damián mientras engullía una masita.

—¿Probar? ¡Comés como para una semana!

---

<sup>11</sup> masita: pasta o pastelillo dulce.

<sup>12</sup> buena mina: buena mujer o amiga.

—Con la malaria<sup>13</sup> que se viene, y después de pagar el impuesto<sup>14</sup> municipal, posiblemente esto sea lo único que coma en una semana.

Damián seguía tragando. A ella le gustaba verlo comer. Sabía que cuando estaba tan desesperado era porque había pasado muchas horas en el quirófano, y se había quedado muy satisfecho de su trabajo como cirujano.

—No me dijiste que ibas a largar<sup>15</sup> al “nabo”—le reprochó Damián. — A mi me gustaba el chico.

—¡Te gustaba! No seas caradura. Si vos le pusiste ese sobrenombre. Si cada cosa que te contaba de él la criticabas... ¡Sos un chanta<sup>16</sup>!—aulló Marcela.

---

<sup>13</sup> malaria: término del “lunfardo” argentino para indicar los malos tiempos, o los momentos de escasez económica

<sup>14</sup> impuesto municipal: nombre común para las tasas cobradas por el municipio.

<sup>15</sup> largar a alguien: dejar plantado. Dejar una relación amorosa.

<sup>16</sup> ser un chanta: cualidad típica de los argentinos que significa creerse más de lo que uno es. También se refiere al que ejerce alguna actividad para la que no está calificado.

—Admito que el chico no era brillante... Pero era un buen chico... Un chico inofensivo...

Marcela rió para sus adentros.

Él insistió: —¿No me vas a decir porqué cortaste?

—No tengo que contártelo todo... Además, vos lo dijiste: ¡era un chico!

Dijo eso mientras se llevaba a la boca un dedo con la crema<sup>17</sup> que cubría su masita. Damián miró ese gesto infantil. Sonrió. Rápidamente usó la misma crema para pintarle un bigote, mientras decía: —¿Y vos sos una mujer?

Comenzaron a forcejear entre risas. Marcela intentó devolverle la gracia, pero Damián, mucho más alto y corpulento, se lo impedía.

De repente la puerta de la cocina se abrió.

Rubén surgió de la nada. — ¿Puedo ayudarlos?— dijo, algo molesto.

Marcela quedó petrificada, y Damián aprovechó la oportunidad para volver a embadurnarla.

---

<sup>17</sup> crema: natilla.

—¡No, yo me basto solo!—contestó Damián entre risas.

Marcela se limpió, avergonzada.

Se oyó la voz de Cristina llamando a su marido, desde el patio: los chicos estaban pateándose.

Por un momento Rubén dudó, pero al volver a escuchar la voz de su mujer salió de la cocina de mala gana.

Desde el comedor diario<sup>18</sup>, Alberto reclamó por el agua. Marcela, mecánicamente, volvió a comprobar que todavía no hubiera hervido.

—¿No notaste nada raro en Rubén?—le preguntó a Damián, mientras observaba por la ventana hacia el patio.

—¿Raro? Rubén es un tipo raro. ¿Qué se supone que tengo que notar?

—Me mira.

—¿Cómo que te mira?

---

<sup>18</sup> comedor diario: antecocina.

—¡Me mira!—repitió ella con enojo, mientras se ocupaba del agua.

—¡Ay, Marcelita!.. ¡Ahora te vas a creer una mujer fatal!.. Plantás al “nabo”, los hombres “te miran”... .

Marcela dio vuelta la cara con disgusto. Apagó el fuego y, sin mediar palabra, se fue de la cocina llevando la pava.

Damián la vió partir y le dio lástima. Él también se sentía algo molesto consigo mismo por haberla hecho enojar. Había estado un poco “denso”<sup>19</sup> con su burla, reconoció...

Después de todo, ella todavía era una nena...

Marcela jugaba en el patio a la par de los hijos de sus primas. El encuentro en libertad con los chicos era para ella la parte más gratificante de las fiestas familiares. Amaba correr y gritar. E imaginar. Sobre todo, imaginar.

Damián comenzó a mirarla desde lejos. Desde que ella había nacido, él había sido como su hermano. Y,

---

<sup>19</sup> estar denso, o ponerse denso: molestar o ponerse insoportable.

por cierto, mucho mejor hermano que Alberto. Ella le contaba todo, sin excepción. Y, entonces, ¿por qué no le había contado sobre la ruptura? ¿Habría otro?. No, eso era imposible... Debía ser esa nueva amiga de la facultad. Esa chica<sup>20</sup> que todavía no conocía. Quizás ahora era ella la nueva confidente de Marcela... Esa última idea le produjo cierta inquietud. Ya estaba acostumbrado a sus visitas de los sábados por la tarde, y a la charla incesante de ella.

Marcela se adueñó de la pelota una vez más. Por un momento Damián se quedó enredado en el brillo de su pelo rubio, pero al centrar nuevamente la visión, notó que Rubén estaba del otro lado del patio, mirando... , y no precisamente el pelo de Marcela.

Caminó lentamente hacia él, y se sentó a su lado.

Marcela seguía jugando.

—Está fuerte<sup>21</sup>, ¿no?—dijo a Rubén, distraídamente.

---

<sup>20</sup> chica: muchacha.

<sup>21</sup> estar fuerte: ser sexualmente deseable.

—¿Fuerte? ¡Es un camión con acoplado<sup>22</sup>, la guacha<sup>23</sup>!.. Con esa colita paradita... Esas tetas duritas... ¡Me tiene loco!.. Por ahora la miro, hasta que un día...

—Hasta que un día yo personalmente te saque los ojos y no la mires más—susurró Damián, con una sonrisa falsa y furia mal contenida.

Y pasando su mano sobre los hombros de Rubén, y apretándolo disimuladamente hasta lastimarlo, siguió.

—Escuchame, pedazo de... marido. En lo que a vos respecta, la chica no existe. Fue<sup>24</sup>. Es una ilusión. Voy a omitir el hecho de que estés casado. De que ella sea casi tu prima. Vamos a concentrarnos en que todavía tiene veinte años y vos sos un jovato<sup>25</sup> de...

---

<sup>22</sup> ser o estar hecha un camión: ser sexualmente muy apetecible.

<sup>23</sup> guacho/a: dicho en el sentido de hijo/a de puta. En este contexto está desprovisto del tono despectivo.

<sup>24</sup> fue: expresión coloquial muy en boga a partir de la década del noventa en Argentina para expresar que algo dejó de interesar. (ej: para mi vos “fuiste”.)

<sup>25</sup> jovato: viejo.

—Treinta—lo interrumpió Rubén. —Como vos...—  
añadió, desafiante.

Damián lo soltó y lo miró con enojo.

—¿Y qué me querés decir con eso?—Calló por un  
momento y luego retomó la palabra: —Si te pesco<sup>26</sup>  
otra vez mirándola...

Hizo con la mano un gesto de cortar la garganta.  
Los chicos lo observaron y comenzaron a imitarlo,  
divertidos. En un minuto Rubén estuvo rodeado por  
ellos.

La advertencia quedaba clara.

Como todos los martes a la noche, la casa de los  
Bianchi se llenaba de olor a comino. Las empanadas<sup>27</sup>  
que hacía Julia eran la perdición de Damían, así que al  
llegar del hospital, no pudo evitar desviarse hacia la  
casa vecina. Usó la llave que le habían dado hacía ya

---

<sup>26</sup> pescar a alguien: descubrir a alguien haciendo algo indebido.

<sup>27</sup> empanada: relleno de distintos tipos encerrado y cubierto de masa,  
cocido después en el horno.

diez años, cuando su padre enfermó y los Bianchi se convirtieron en parte importante de su familia.

Echó una rápida mirada al patio. Le gustaba esa casa. Era tan vieja como la suya, y quizás tan descascarada, pero en ésta se respiraba vida. Hacia su derecha, el living y los dormitorios estaban a oscuras, pero al fondo, en la cocina, las voces de Julia y Marcela se mezclaban en una. Madre e hija eran incansables. Probablemente Alberto no había llegado. O quizás no llegara en absoluto. Ese día era martes, y los martes le tocaba a su novia, Lola.

Fuerte la mina<sup>28</sup> ... El partido de ajedrez iba a tener que seguir otro día.

La cena fue como tantas otras estupendas cenas en casa de los Bianchi. Todo era igual. Aunque él se sentía distinto. Había algo en Marcela que había comenzado a inquietarlo... ¿Qué era?

Ayudó a Julia a lavar los platos. Ella estaba preocupada por Alberto. Mucho entusiasmo por esa chica Lola que, por supuesto, según la mirada materna, no era la candidata ideal. Se había instalado

---

<sup>28</sup> fuerte la mina: expresión coloquial que indica que una mujer es sexualmente deseable.

con él y ni le cocinaba ni le limpiaba el departamento<sup>29</sup>....Curioso. Damián no podía imaginar a Lola como lo que Julia llamaría “una buena chica”, pero justamente el que no lo fuera constituía, a no dudarlo, su mayor atractivo.

Ya era tarde. Debía volver a su casa y dormir unas pocas horas hasta que comenzara su turno en el hospital. Caminó por el pasillo hasta el baño. La puerta estaba abierta. Marcela acababa de tomar una ducha. Con un camisón cerrado y viejo de franela, posiblemente de su madre, dos cepillos enrollados en su melena rubia, eternamente lacia a pesar de sus esfuerzos, y el secador echando viento sobre su cara, se veía...

divertida,

y...

No pudo evitar sentir nuevamente ese extraño enojo.

Cuando él se sentó sobre un lado de la bañera, Marcela, que no había notado su presencia en aquel baño antiguo e inmenso, se sobresaltó al oír su voz.

---

<sup>29</sup> departamento: apartamento.

—Tenías razón.

—¡Me asustaste!..—Volvió a concentrarse en su pelo. —¿Con qué? ¡Yo siempre tengo razón!

—Con Rubén.

Marcela dejó el secador a un lado y se sentó junto a él, abatida.—¿Por qué? ¿Te dijo algo?

—Eso no importa. Lo que importa es que no va a molestarte más.

Damián había sido terminante. Ella sabía que no había lugar a bromas y que no debía insistir.

Todo el asunto la preocupaba, así que volvió a secarse, pero esta vez con un aire serio y reconcentrado. Damián de nuevo la sorprendió al hablar.

—Tenés que tener más cuidado... – dijo en tono de reto.

—¿Más cuidado?

Él parecía estar molesto y eso la asustó. Como cuando era chica.

—Sí. Vos no te das cuenta. De hecho, no digo que lo hagas a propósito... Pero hay ciertas actitudes tuyas... .

Marcela sintió que empalidecía.

—No te entiendo...

—Ciertas veces... Como te movés... Algunas actitudes tuyas... Vos no te das cuenta, pero... ¡pero provocás!

—¿Qué yo provoco?—se defendió, indignada. — ¡¿Cuándo provoco yo?! Me visto como si fuera una nena...

—Con las polleras de una nena, que es distinto...— la interrumpió.

—El largo de mi ropa ya los hemos discutido bastante. Uso lo que se usa, así que cortala<sup>30</sup> con eso. ¡Yo no provoco a nadie!

—Es que no te das cuenta... Hay algo en vos... En tus actitudes... En las cosas que hacés.—Damián volvió a enredarse con las palabras. —¡Ahora mismo, por ejemplo!

—¿Que pasa ahora?

—Y... , no sé.... Yo estoy acá, vos estás en camión...

---

<sup>30</sup> cortala: terminala.

Por un momento se sintió aliviada. —¡Me estás cargando!—. Miró despectivamente su camión. — Esto no puede provocar a nadie...

—¡Justamente! Vos no entendés la mente de un tipo — interrumpió. — Un camión siempre despierta fantasías. Uno piensa: poca ropa interior... — Se arrepintió de decir eso. —Qué se yo. Un hombre piensa muchas cosas... .

—Pero... sos vos. Es distinto—balbuceó. — Vos sos un amigo y...

Damián respondió cortante: —No, ¿ves? Ese es otro error. No hay amigo, pariente ni hermano que valga. Un hombre siempre es un hombre.... Pensalo..

Por primera vez en su vida Damián se sintió incómodo en presencia de ella. Se despidió brevemente, casi sin mirarla, y se fue.

Marcela quedó sola y confundida.

No pudo evitar la extraña sensación de estar desnuda.

# Lola

—De nada—dijo el editor en jefe, y se quedó mirándola mientras se iba. Ella caminó unos pasos, contoneándose. Luego se dio vuelta y le regaló una sonrisa cómplice.

Lola sabía seducir. Había algo en su andar, en sus piernas bien torneadas, en su expresión altanera. No era precisamente linda, pero sí sumamente sensual. Y le gustaba compartirlo con todos. Era competitiva con las mujeres pero, en cambio, siempre buscaba algún contacto cómplice con los hombres. Sentir su dominio sobre ellos...

Aquella tarde tenía que encontrarse con Alberto. Odiaba ese papel de “novia” en que él la colocaba. Odiaba su formalidad, el apego a esa horrible familia que tenía y que quería imponerle a toda costa. Pero había amado ardientemente su voluptuosidad y esa cosa de “macho italiano” que todavía la subyugaba.... a veces. Después de todo, nada era para siempre.

Se demoró todavía un poco más. Había quedado con Alberto a las siete, y apenas eran las ocho. Si llegaba a las nueve iba a conseguir que él estuviera tan furioso como para olvidar su terrible charla diaria sobre matrimonio, y poder retomar, en cambio, el

tema del viaje a Estados Unidos. Él era su pasaporte. Él podía darle la estabilidad que buscaba para poder abrirse paso con su cámara fotográfica por el mundo. En Buenos Aires ya había llegado a su techo. Las fotos que habían elegido para la revista lo confirmaban. Allí no había mucho más por hacer.

Todo lo que le restaba era terminar de convencer a Alberto.

Por cábala<sup>31</sup> a Alberto no le gustaba presentarle sus mujeres a Damián.

No es que no lo quisiera, no. Habían sido amigos desde los dos años, cuando se había mudado a la casa de al lado. Habían hecho juntos todo el colegio. Incluso eligieron la misma carrera, influenciados quizás por el padre de Damián, que era el médico del barrio<sup>32</sup> ...

Tampoco era que no se considerara buen mozo. Sabía que era del tipo ganador. Morocho, de ojos celestes, y un cuerpo esculpido por toda la natación

---

<sup>31</sup> por cábala: frase coloquial para una conducta supersticiosa.

<sup>32</sup> barrio: cada una de las zonas en que se divide la ciudad.

del club, siempre había podido conquistar con facilidad...

Pero Damián...

Le molestaba sentir la reacción de las mujeres cuando Damián entraba a escena. No era por lo físico, no... Había algo en él... Algo de nene abandonado, quizás. ¡Vaya a saber! No podía meterse en la cabeza de una mujer... Y, de hecho, era el último lugar en que le interesaba meterse, cuando de faldas se trataba.

Además, Damián seguía inexplicablemente suelto<sup>33</sup>. Estaba la abogada, por supuesto, pero él no parecía demasiado entusiasmado... ¿O quizás sí?. Mentalmente anotó que tendría que consultarlo con Marcela. Su hermana era algo así como la consejera sentimental de su amigo.

Lola seguía charlando con Damián, inclinada sobre él, tocándolo ante la menor oportunidad. Alberto trataba de contenerse, pero no podía dejar de sentirse furioso.

Nadie tenía la culpa... Era la forma de ser de Lola...

Era...

---

<sup>33</sup> seguir suelto: estar sin pareja.

Damián cruzó su mirada con la de Alberto, en el otro extremo de la sala. Ya conocía esa cara, así que rápidamente buscó una excusa y se levantó hacia la cocina. Lola estaba buena, pero no valía la ira de su amigo... ¡Lástima que Alberto fuera tan celoso! Su novia era justo un tipo de mujer para compartir...

—¿Qué buscás?

Lola se sorprendió con la llegada de Marcela y dejó la agenda en la mesa.

—Nada... Alberto me mandó a buscar el número de teléfono de Damián. No podía acordárselo...

—¿Cómo que no se lo acuerda?. Te tomó el pelo<sup>34</sup>. Nunca anotamos el número de Damián en la agenda. Todos lo sabemos de memoria—dijo Marcela, extrañada.

—Entonces seguro que no me los quiso dar... ¡Es terriblemente celoso tu hermanito!

—Ya lo creo...—comenzó a decir la muchacha mientras se iba. Le molestaba estar en la misma

---

<sup>34</sup> tomar el pelo: burlarse.

habitación con la novia de su hermano. Pero al apretar el paso, sintió la voz enojada de Lola.

—Al final... ¿no me lo vas a dar?



# Damián

¡Estaba muerto<sup>35</sup>! Doce horas seguidas en el hospital, más una discusión con el jefe de residentes, era más de lo que alguien podía soportar. Necesitaba un cigarrillo<sup>36</sup>.

Se acercó al quiosco<sup>37</sup>.

—Malboro box, Fito.

Fito lo saludó, y sin decir más, le entregó un paquete de pastillas de menta. Había dejado el vicio. Se había olvidado. A veces, como aquel día, extrañaba un buen pucho<sup>38</sup> entre los labios. Suspiró. Todo fuera por la vida sana, el medioambiente, y los ciento veinticinco pesos que se ahorra todos los meses.

---

<sup>35</sup> estar muerto: estar cansado o estar metido en un lío sin escapatoria.

<sup>36</sup> cigarrillo: pitillo.

<sup>37</sup> quiosco: pequeño puesto de venta de cigarrillos y golosinas.

<sup>38</sup> pucho: cigarrillo o pitillo. Aplícase también al último tramo del pitillo.

Abrió la puerta de su casa y subió directamente a su cuarto. ¡Al menos comenzaba a romperse la racha! Su cama estaba hecha y su ropa, limpia y planchada, sobre la cómoda. Julia o Marcela, sus ángeles guardianes, habían venido a auxiliarlo. Aquel mes todavía no podía darse el lujo de una mucama<sup>39</sup>.

Se echó en la cama sin desvestirse. Realmente estaba cansado. Pero no podía dormir: la persiana estaba subida, y una leve claridad se colaba por la ventana. Se incorporó para poder asomarse, y una sonrisa lo invadió.

Todo parecía estar mejor.

Del otro lado sonó el teléfono, sólo una vez. Marcela lo contestó rápidamente. Sabía que era Damián, así que levantó sus ojos y se saludaron a través de la ventana.

—¿Cuánto nos sacamos en la última entrega?

—Ocho—contestó ella. —¿Te desperté?

—¿Ocho?! ¿Qué le pasa a estos arquitectos? ¿No reconocen la precisión de un buen cirujano como yo?

---

<sup>39</sup> mucama: Asistentita. Muchacha para la limpieza del hogar.

—¡Menos mal que no la reconocen, sino volvería a primer año!

Los dos rieron.

—¿Querés que vaya? ¿Necesitás ayuda?—se ofreció Damián.

No, el trabajo de la facultad estaba casi acabado y él estaba muy cansado. La vió echarle un beso y cortar. Volvió a tirarse en la cama...

Definitivamente, todo estaba mejor.

Damián despertó sobresaltado. No sabía como, pero se había quedado dormido. Eran casi las doce. Había dejado plantada a Carla con el desayuno, y eso significaba que su furia lo obligaría a dos días de abstinencia. Y dos días sin sexo no era precisamente lo mejor en esos momentos de tanta tensión.

Carla era como un refugio en medio de una profesión difícil, una vocación que nunca terminaba de alcanzar, un presupuesto eternamente en rojo y, porque no, también la soledad.... Sólo pensar en ella le hacía sentir su sexo tenso. Necesitaba a Carla. Sabía que no lo iba a perdonar fácilmente, a pesar de que era una buena mina. “Buena mina” era la definición de Damián para una mujer que no le exigía nada.... Sí, definitivamente Carla era una buena mina. Buen sexo sin compromiso, sin mentiras. Muy interesada en su

profesión de abogada, no incluía la palabra “matrimonio” en su vocabulario. Pero sí, en cambio, exigía cumplimiento horario, sinceridad absoluta y, sobre todo, fidelidad...

—Dos días de abstinencia...—pensó. ¡Y con la necesidad de una mujer que tenía justo en aquel momento!..

Sentía la boca seca. Se levantó, tomó agua de la canilla del baño, y volvió al cuarto para intentar hacer la cama ( no era nada bueno para esas cosas...). Al sacudir la almohada un chocolate cayó al piso. Sonrió. Su ángel de la guarda había sido Marcela. Se sentó en la cama y lo tragó de un bocado.

Todavía tenía la boca llena cuando sonó el teléfono.

—Hola—farfulló.

—¿Damián?— del otro lado, Lola parecía confundida.

La reconoció de inmediato.

—¿Qué querés?—preguntó él. Sabía perfectamente lo que quería.

—Nada... Pensé que podríamos salir...

Su sexo reclamó. Odiaba eso... Odiaba que su sexo ignorara de amistades, celos o prohibiciones.

—¿Vos que pensás?—insistió ella.

¿Qué iba a pensar?! Era evidente que Lola se moría por abrir sus piernas. Pero él tendría que cerrárselas... Nunca había traicionado a Alberto y nunca lo haría. Debía cortar con aquella charla de inmediato. Para su amigo, que él jugara con fuego, era sinónimo de que provocara grandes incendios.

—No, no puedo salir con vos—. Fue tajante.

—¿Porqué?

Damián sintió tres bips en el teléfono. Por un momento pensó que ella había cortado, pero no, sabía que no era del tipo de las que sueltan fácilmente su presa. Tenía que ser contundente...

Habló con voz fuerte, y las palabras se atropellaron en su boca: — No es que no me gustés. Me gustás, y mucho. Es más, estoy re-caliente<sup>40</sup> con vos... Pero nunca podríamos tener una historia<sup>41</sup> ¿entendés?. No mientras Alberto esté en el medio...

Del otro lado del teléfono surgió una voz inesperada.

---

<sup>40</sup> estar caliente con alguien: en el sentido de la frase, desear sexualmente a alguien. En otro sentido, estar enojado.

<sup>41</sup> tener una historia: tener una relación sentimental.

—¿Qué tengo que ver yo en esto?—bramó Alberto.  
—¡Lola, ¿sos vos?!

Se escuchó un sonoro “click”. La interlocutora de Damián había cortado.

—¡Sos un guacho, hijo de puta!—empezó a gritar Alberto, furioso. – Ni bien me doy vuelta te querés levantar<sup>42</sup> a mi mina... ¡Sos una mierda!

—No... , pará... Vos no entendés..—trató de defenderse Damián.

Ésto no iba a ser fácil.

—¿Qué, no entiendo? ¡¿Qué estás re-caliente por Lola?!

Damián pensó rápidamente. No podía decirle que estaba caliente con cualquier mujer por la que Alberto estuviera caliente. No podía hacerle entender que jamás se hubiera acostado con Lola simplemente porque era la novia de su amigo. Un amigo que definitivamente no quería perder.

—Yo no estoy re-caliente por Lola.

—¿Ah, no? ¡Te escuché decirlo!

---

<sup>42</sup> levantarse a alguien: conquistar, en un sentido amoroso.

¿Cuánto más habría escuchado?

—No era Lola con la que hablaba—mintió Damián.

Alberto quedó confundido.

—¿Y quién era, entonces? Yo escuché claramente que hablabas de mi. Que dijiste que te iba a matar si me enteraba... ¡¿Quién carajo era, entonces?!

—Marcela—contestó Damián, sin dudar.

No sabía cómo ese nombre había llegado a su boca, pero, repentinamente, todo parecía ocupar su lugar.



# Marcela

—Estoy muerto <sup>43</sup> por ella—dijo Damián.

Se sentía liberado.

—¿Marcela?—Alberto no podía creerlo. —¿Desde cuándo te gusta Marcela?

—Desde toda la vida—respondió Damián.

—Yo siempre supe que ella gustaba de vos, pero...—Alberto trataba de armar el rompecabezas que tenía en su mente. —¿Y porqué te iba a matar yo?

Damián quedó confundido. Las razones le parecían evidentes.

—Es muy chica para mi. Solamente tiene veinte años... Además...

—¡Boludeces <sup>44</sup>!—exclamó Alberto. — Si ella te gusta, y vos le gustás, para mi está perfecto...

---

<sup>43</sup> estar muerto por alguien: estar enamorado.

<sup>44</sup> boludeces: tonterías.

—Pero es que lo nuestro no puede ser...—comenzó a desesperarse Damián. — Somos casi hermanos.... No corresponde... Además yo soy un hombre y ella...

—Dejate de pelotudeces<sup>45</sup>—lo interrumpió su amigo. —¿O es que ella no te gusta?.

—¡No, no es eso! — contestó con rapidez. Demasiado rápido, ahora que lo pensaba. Esa hubiera sido una excelente vía de escape a toda la situación. Pero había contestado demasiado rápido...

—Marcela debe odiarme... No se porqué pensaste que yo me opondría... ¡Sos un pescado<sup>46</sup>!—dijo Alberto, ya distendido. — Ahora mismo la llamo para decirle...

—¡No, no la llames!—se alarmó Damián. — Dejá que yo se lo cuente...

—¡Lo contenta que se va a poner!

—Sí..., me lo imagino...—musitó el otro entre dientes.

---

<sup>45</sup> pelotudeces: boludeces, tonterías.

<sup>46</sup> ser un pescado: ser un tonto.

Damián, literalmente, corrió hasta la casa vecina. Julia lo atendió sobresaltada. No era su horario habitual. Él necesitaba hablar con Marcela...

—¿Querés subir? Está en el cuartito con esa nueva amiga de la facultad...

Damián parecía muy contrariado.

—No. Decile que baje, por favor. No quiero perder el tiempo con presentaciones...

Julia acató sus órdenes. Hacía rato que había renegado de meterse en los asuntos de “los chicos”.

Marcela bajó sorprendida, y más sorprendida quedó cuando, sin mediar palabra, Damián la arrastró a la calle.

—¡Tenés que salvarme!—le dijo al llegar afuera.

Comenzaron a caminar.

Marcela estaba resignada. No era la primera vez.

—¿Qué se supone? Creí que la abogada no te apretaba<sup>47</sup> con el matrimonio... ¿Querés que otra vez haga el papel de la chica que dejaste embarazada?

—No—contestó él con decisión. — Quiero que seas mi novia.

Marcela se paró en seco.

Damián comenzó a relatarle la historia. El llamado, el equívoco, la salvación...

—¡¿Y yo tengo que proteger a la imbécil esa?!.. ¡¿Para que le siga metiendo los cuernos a mi hermano?!

—Vos tenés que protegerme a mi...

—No se si lo merecés...

Esta vez Damián había ido demasiado lejos.

—Tu nombre fue el primero que me vino a la mente. Además, yo creí que Alberto se iba a dar cuenta inmediatamente de que algo entre vos y yo era una locura...

---

<sup>47</sup> apretar a alguien: en el sentido de la frase, conminarlo para que lleve a cabo una determinada acción. En otro sentido, tener con la pareja el juego sexual previo al coito.

Por un momento el corazón de Marcela se detuvo.

Pero rápidamente se repuso. Eso ya estaba acabado... Sí. Algo entre ellos dos era una verdadera locura...

Quedaba como solución Julia. Una madre seguro iba a poner las cosas en su lugar. Y si eso no pasaba, sólo se trataba de simular una semana o dos. Después, el noviazgo no funcionaba, y tan amigos como siempre. Ya presionarían a Lola más tarde para que rompiera con Alberto, sin lastimarlo. Todo encajaba perfecto...

¿Todo encajaba perfecto?

Marcela lo escuchaba hablar.

Sabía que finalmente iba a ayudarlo. Como siempre.



# Marita

—Ya me estaba yendo. ¡Me dejaste plantada con los planos!—se impacientó Marita.

Ella era buena, pero decididamente no le gustaba que la “pasaran”,<sup>48</sup> sobre todo cuando se trataba de trabajo para la facultad.

—Disculpame—pidió Marcela. – Damián me necesitaba y...

—¿Damián? Es tu vecino, ¿no?.

—Sí.

—El médico buen mozo y soltero del que me habló tu mamá, ¿no?.

—Sí.

—¿Qué quería?

Marcela trató de ordenar sus pensamientos.

—Nada—contestó. – Me pidió que fuéramos novios...

---

<sup>48</sup> pasar a alguien: aprovecharse de su inocencia.

—¿Qué?!

Marita dejó sus cosas a un costado y comenzó el interrogatorio.

Marcela le contó todo, o lo poco que había entendido. Su cabeza hacía esfuerzos por tener atado a su corazón.

Marita estaba fascinada. De la misma edad que Marcela era, como ella, “una chica de familia”. Aquella aventura de su amiga con un hombre mayor le parecía inquietante.

—Bueno—dijo a modo de conclusión. – Con este falso noviazgo vas a poder “transártelo”<sup>49</sup>.

—¿Qué decís?!

—¿A vos te gusta, no?

—No—dijo Marcela, sin dudar.

—¿Segura? — preguntó Marita con suspicacia.

---

<sup>49</sup> transarse a alguien: expresión equívoca muy en boga en la Argentina de los últimos años. Puede referirse al coito, en boca de un adulto, o a un simple beso, en boca de un adolescente. En la frase se usa como “ganarse a alguien” o conquistarlo.

A Marcela le corrió un escalofrío por el cuerpo... Ya hacía mucho tiempo de eso.

—Bueno... Cuando me hice adolescente por supuesto me enamoré de Damián. Él era tan dulce, tan compañero conmigo, que creo que era lógico...

—¡Buenísimo!—interrumpió Marita —¡Como en la película “El amante”!

—¡¿Qué decís?!.. ¡Nada que ver<sup>50</sup>! No pasó nada. Con Damián nunca pasó nada. Yo nunca dejé de ser para él su hermana menor... Así que después de mi cumpleaños de quince<sup>51</sup> decidí no darme más manija<sup>52</sup> con eso...

—¿Y porqué después de tu cumpleaños? .

A pesar de que hubieran pasado tantos años, a Marcela le dolía recordar.

<sup>50</sup> nada que ver: expresión coloquial por “ni remotamente”.

<sup>51</sup> cumpleaños de quince: similar al “sweet sixteen” de los sajones, equivale a la antigua presentación en sociedad de las muchachas casaderas. Actualmente es una fiesta lujosa, donde la cumpleañera se viste de blanco y baila el vals con los varones presentes.

<sup>52</sup> darse más manija: similar a “hacerse la croqueta”, ocuparse obsesivamente de un asunto.

—Cuando iba a cumplir quince años Damián estaba todo el día acá, porque estudiaba con Alberto.... Y a mí me pasaban por la cabeza todo tipo de pavadas. Soñaba conque si él me veía de alguna manera distinta, sin el uniforme, sin la cosa de todos los días, se iba a dar cuenta de que me había vuelto una mujer. Soñaba que si alguna vez me tenía entre sus brazos... ¡Que se yo! Uno a esa edad se hace la película<sup>53</sup> .... Así que me empecé a obsesionar con mi cumple de quince...

—¿Qué tiene que ver tu cumpleaños de quince?

—No sé... – respondió Marcela, avergonzada.— Ideas más... Me imaginaba que al bailar el vals, así vestida... – Sintió como un calor intenso poblaba de rojo sus mejillas—Ya te dije..., me hice la película...

—¿Y que pasó con el vals?

—No hubo vals. Al menos no con él. Llegó como a las tres de la mañana, acompañado de una mina<sup>54</sup>. Te

<sup>53</sup> hacerse la película: hacerse ilusiones.

<sup>54</sup> mina: puede designar tanto simplemente a una mujer, como a una mujer de dudosa moral. En esta frase, en ese último sentido.

imaginás: yo con mi sombrita<sup>55</sup> azul, mi brillo en los labios, mis bucles, mi vestido de princesa del subdesarrollo, y ella con bruta<sup>56</sup> minifalda y la cara más pintada que una puerta... ¡Me sentí terrible!.. Pero lo peor vino después, cuando nos presentó... Le dijo: “esta es la nena que cumple años”, y me señaló... “La nena que cumple años”... Nunca dejé de ser eso para él: una nena que cumple años. Lloré quince días seguidos, y después me juré borrarlo de mi cabeza.... Y te puedo asegurar que lo cumplí...

Marita parecía desilusionada. Marcela era más inocente de lo que a primera vista le había parecido. Ahora entendía por que no le daba “bola”<sup>57</sup> a ese tipo de la Cultural Inglesa. En realidad, ahora entendía por que no le daba “bola” a nadie... Marcela no sabía ganarse a un hombre, eso era evidente.

—¿Por qué plantaste a Nacho? Yo creí que...

---

<sup>55</sup> sombra/sombrita: pintura del párpado.

<sup>56</sup> bruta: expresión usada para acentuar lo que se dice.

<sup>57</sup> dar bola a alguien: aceptar los requerimientos amigables o amorosos de alguien. En otro sentido, prestarle atención.

—Lo planté porque era un pulpo. Acá todos pensaban que era muy inocente, pero cuando salíamos tenía que defenderme con uñas y dientes.

—¿Tenías que defenderte?. No entiendo... ¿Vos, por casualidad, no serás virgen, no?

Marcela se sorprendió por la pregunta.

—¿Vos no?

Marita se quedó pensativa. En términos estrictos, lo era. Pero de seguro había perdido la inocencia hacía rato. Incluso recordó el intento fallido de su último novio... Por eso ahora sólo se interesaba en hombres maduros...

—Casi—respondió.

—¿Cómo se puede ser “casi” virgen?

—Yo soy virgen por falta de ocasión...

—Yo soy virgen por convencimiento—dijo Marcela.

—Tantas Misas te están afectando el cerebro—se burló Marita – Pero a mi lado vas a aprender... ¡No hay nada mejor que las buenas compañías!.

# El noviazgo formal

Marcela llegó agotada de la facultad. Lo único que quería hacer era bañarse e ir a la cama.

Cuando iba a abrir la puerta de la cocina para controlar el calefón<sup>58</sup>, escuchó las voces de Damián y Alberto. Era miércoles, día de ajedrez.

—Ahí viene la novia—gritó socarronamente Alberto al verla asomar.

Ella los saludó con la mano.

—¿Cómo? ¿No sos más efusiva con tu amor?—preguntó su hermano.

—Sí, claro—dijo Marcela, sin mucho convencimiento, y saludó a Damián con un beso en la cabeza.

---

<sup>58</sup> calefón: calentador de agua.

Julia salió de entre las sombras. Su madre estaba ahí. Un temblor se adueñó de la muchacha. Se había olvidado de que aquella farsa también la involucraba.

—¿De qué están hablando?—la mujer estaba confundida.

—¿Cómo? ¿No sabés? Estos dos están enamorados...—explicó Alberto.

—¿Enamorados?

Damián calló, anhelante. Julia pondría las cosas en su lugar y él, por supuesto, acataría la voluntad materna.

Marcela, en cambio, no estaba tan segura.

—¡Pero que sorpresa!.. ¿Enamorados?.

Damián comenzó a inquietarse. No había enojo en la voz de Julia.

—¡Que alegría me dan!.. La verdad es que esperaba algo así. Yo siempre supe que Marcelita estaba prendada<sup>59</sup> de vos...

---

<sup>59</sup> estar prendada de alguien: expresión en desuso para decir “estar enamorada”.

Marcela creyó desmayar de la vergüenza.

—¡Pero, mamá!..—protestó en un hilo de voz.

Damián la miró con una amplia sonrisa.

—Pero si es cierto...—insistió su madre. — Sos muy mala disimulando...

Las mejillas de la chica estaban hirviendo.

—Bueno, ahora espero que no lleven el casamiento demasiado a la larga —terció Alberto. —Ni bien Marcela se reciba... Es más, podemos hacer un matrimonio doble: ustedes, y Lola y yo. .

—¡¿Qué les pasa?!—preguntó Marcela, llena de furia. —¿Tan ansiosos están por entregarme? ¿Porqué no fijan el precio del matrimonio en cabras, ya que están?

—Porque yo no podría pagarlo—rió Damián.

Él parecía encantado con la situación. Ella, en cambio, se sentía humillada. ¡Al diablo con todo!...

Se fue dando un portazo.

---

—¡Marcela!—gritó Damián mientras corría para alcanzarla.

Ella apenas se dio vuelta, mientras seguía caminando. Él comenzó a seguirla.

—¿Qué pasó que no viniste el sábado? Te estuve esperando...

—Salí con mi amiga de la facultad—respondió ella, cortante.

—¿Solás?

—¿Que te importa! ¡A ver si creíste en serio lo del noviazgo!

—Puede ser... Sobre todo después de saber que siempre estuviste muerta<sup>60</sup> por mi...—se burló Damián.

—¿Qué tarado! ¡Ahora resulta que le hacés caso a mi vieja<sup>61</sup>!.. Sabés que es una delirante.

—No te preocupes—trató de conciliarse él—Ya la conozco.

---

<sup>60</sup> estar muerto por alguien: estar muy interesado, en un sentido amoroso.

<sup>61</sup> viejo, vieja: en Argentina, padre o madre.

Marcela, incómoda, intentó dar vuelta la conversación.

—¿Vos no tendrías que estar en el laburo<sup>62</sup>?

No, pensó. Debería estar con Carla. Ella no iba a perdonarle aquel retraso, pero todo era por una buena causa.

—No. Más tarde tengo curso con el Dr. Ramos Padilla.

—¿Otro más? ¿Para que necesitás tantos cursos de cirugía estética? ¿Qué? ¿Con cada operación a corazón abierto vas a incluir una de nariz, sin cargo?

—¡Sos terrible!.. Me manda el jefe de residentes...

—¿Y quién paga el curso? Tengo entendido que son muy caros...

—Creo que Ramos Padilla me ha becado... La verdad es que el tipo<sup>63</sup>, además de un chanta, es muy buen cirujano. Y me parece que conmigo en estos cursos se divierte...

---

<sup>62</sup> laburo: palabra del “lunfardo” argentino, trabajo.

<sup>63</sup> tipo: sujeto.

—¿No te querrá incluir en su equipo, no?

—¿La cirugía estética? Podría ser... No estaría mal hacer un poco de guita<sup>64</sup>, mientras le toco “las lolas”<sup>65</sup> a una mina.

—O mientras le lipoaspiras la cola a algún político..<sup>66</sup> ..

—Si hay algún dinero de por medio... ¡Éramos tan pobres<sup>67</sup>!—dijo en tono burlón.

Marcela le tiró un golpe con su carpeta, que él, por supuesto, esquivó.

A veces no podía darse cuenta cuando hablaba en serio y cuando se burlaba. Como eso de ser cirujano plástico... Sabía que su sueño era la cirugía cardiovascular, y cuánto despreciaba que la plata<sup>68</sup> se

---

<sup>64</sup> guita: palabra del “lunfardo” argentino, dinero.

<sup>65</sup> lolas: pechos de la mujer.

<sup>66</sup> lipoaspirarle la cola a un político: referencia a un suceso de la historia reciente de la vida política argentina.

<sup>67</sup> ¡éramos tan pobres!: famoso latiguillo usado por un gran cómico argentino, ya desaparecido.

<sup>68</sup> plata: dinero.

mezclara con la medicina. Pero, por otra parte, últimamente parecía muy cansado. Además estaban las terribles deudas que le había dejado la enfermedad de su padre...

—¿Por qué tenemos que caminar tan rápido?—se quejó Damián.

Ella no se había detenido en ningún momento.

—Voy a la Cultural Inglesa, y mi amiga me espera.

—“Mi amiga”, “mi amiga”....—la imitó Damián. — La verdad es que me tratás bastante mal, a pesar de que soy el hombre de tu vida...

Marcela apretó el paso, pero esta vez él se quedó quieto, observándola, mientras de su boca escapaba una sonrisa.

Marita miró hacia ambos lados de la calle. Ya era tarde y la clase iba a empezar. ¡Que raro!.. Él siempre era puntual. Si no se apuraba iba a llegar primero la otra, y entonces... ¡estaba sonada<sup>69</sup>!

---

<sup>69</sup> estar sonado: no poder escapar de un mal fin.

Evidentemente a Ramiro le gustaban las rubias de ojos celestes, porque se le iban los ojos atrás de Marcela, y la muy estúpida ¡ni pelota<sup>70</sup>! Ella, en cambio, no estaba dispuesta a perder la oportunidad.

—¿Solita?

Ramiro había llegado. Era un verdadero “potro<sup>71</sup>”, y por unos minutos era todo para ella. Lo saludó con un beso.

—¿Querés que entremos?

—¿Cómo? ¿Hoy no viene tu amiga?—preguntó él, preocupado.

—No sé... Por ahí salió con el novio...

No mentía. Damián era un novio, aunque lo fuera en circunstancias especiales.

—¿Cómo? ¿No había roto?

La muchacha lo miró extrañada.

—¿Y vos cómo sabés?

---

<sup>70</sup> ni pelota, no dar pelota: portarse con indiferencia.

<sup>71</sup> potro/a: hombre o mujer sexualmente apetecibles. Expresión reciente usada por los más jóvenes.

—Juego al paddle con un primo de Marcela, y él me comentó..

¿Tan interesado estaba en ella? Marita sintió claramente que lo había perdido.

Hizo un último esfuerzo.

—Ese novio era otro. Ahora sale con un vecino. Y creo que con éste se casa..

Ramiro se quedó pensativo, pero reaccionó rápidamente.

—¿Y vos?

—Yo estoy sola... – dijo Marita. Pero él ya no la miraba. Marcela acababa de llegar.

El cuerpo de Carla estaba acurrucado en el suyo. ¡Y que cuerpo!, pensó Damián.

Aquel día no había estado demasiado brillante, pero ella ni lo había notado. A pesar de ser una amante experta, siempre estaba muy apurada y un poco dispersa.

Damián se soltó de su abrazo dormido y se dio vuelta mirando a la pared. Su mente vagó por unos momentos. Todavía sentía en su sexo ganas de amar. Pero no a Carla. Las cosas ya no eran como antes. O quizás, realmente estaba ofendido por que lo iba a

dejar plantado por dos meses para hacer un curso en Harvard...

No. Pensándolo bien, eso no lo molestaba. Era cierto que eran dos meses sin sexo, pero también era cierto que iba a poder vivir más tranquilo, sin temor a que Carla descubriera su noviazgo “trucho”<sup>72</sup>, y armara un escándalo. (Como buena abogada, ella era terrible cuando de escándalos, venganzas y compensaciones se trataba).

Rozó con su espalda los pechos de la mujer. Sin saber como, se encontró pensando en Marcela. Sonrió al recordar su cara aquella tarde.

Carla se revolvió en la cama.

Dos meses, pensó. Dos meses...

Por tercera vez Julia se sentó al lado de su hija, y por tercera vez se paró de inmediato.

Marcela estudiaba, pero no pudo evitar notar la extraña actividad de su madre, así como su no menos sorprendente silencio.

---

<sup>72</sup> trucho: en el lunfardo de Argentina, falso.

—¿Por qué estás tan callada?—preguntó al fin la muchacha.

—Estás estudiando...

—¿Y desde cuándo dejaste de hablar por eso?—dijo Marcela, en forma socarrona.

Julia dudó un momento, pero finalmente se sentó al lado de su hija y dejó que su lengua se soltara.

—Hoy estuvo tu hermano—dijo en tono confidencial.

—¿Y?

—Y, él estaba muy preocupado... Y yo también...

—¿Por?

—Alberto cree que le están mintiendo... Está muy enojado. Piensa que Damián anda en algo feo con Lola y que vos lo estás tapando..

Alberto no era ningún tonto.

—¿Y de dónde sacó eso?

—Es que ustedes dos... No sé... Yo con tu padre éramos distintos... Y eso que en esa época, tu abuela nunca hubiera permitido...

—¿Qué querés decir?—la interrumpió. — ¿Qué no nos besamos en público, qué no damos exhibiciones?

—Bueno, yo no digo mucho, pero... No se... , un abrazo... ¡Ustedes dos se tratan hasta menos que antes!

—¡Eso es una pavada<sup>73</sup>!—se defendió Marcela, aunque sabía que lo que decía su madre era verdad. A ella no le gustaba engañar a nadie, y, en cambio, Damián parecía muy divertido con toda la situación. Sinceramente estaba bastante enojada como para estrechar vínculos...

—Y Alberto... ¿qué te dijo?—insistió.

—Ya te conté. Está furioso. Creo que si descubre que lo están engañando con lo del noviazgo los mata a los dos... ¡Yo estoy muy asustada! ¡Sabés como es tu hermano!

—¡No seas tonta, mamá!..—. Se levantó para darle un beso. — Mirá si le vamos a mentir en algo tan importante!..

Su madre finalmente había logrado quedarse tranquila. Lástima que ahora era ella la que no lo estaba.

Definitivamente no le gustaba mentir.

---

<sup>73</sup> pavada: tontería.

# Ramiro

—Che, tu primita está de novia...—dijo Ramiro, mientras se sentaba en la barra del bar, todavía sudoroso por el partido.

—¿Marcela?—preguntó Claudio. —¿Contra quién?

—No se. Un vecino, creo..

—¿Un vecino?. ¡Que raro! El único vecino con que se trata es Damián. Y él y yo somos íntimos... ¡Imaginate que le pedí que fuera mi padrino de casamiento! Me hubiera contado...

—No sé. A mi me lo dijo una amiga..

—Te picó fuerte mi primita—se burló Claudio. — Mirá que ya te advertí: únicamente con fines serios. Es una muy, muy buena piba<sup>74</sup>. Y no es de las que se acuestan sin una libreta bajo la almohada..

---

<sup>74</sup> piba: muchacha.

—Si, boludo<sup>75</sup>, ya me lo dijiste... Pero putas se consiguen en cualquier lado. Yo planto<sup>76</sup> el Mercedes<sup>77</sup> en la puerta y caen como moscas... La amiguita de tu prima, sin ir más lejos. Buena puta parece esa. Una de estas noches le hago el gusto y me la bajo<sup>78</sup>... En cambio minas serias, para casarse, hay pocas...

—¿Y vos querés casarte?

—Si consigo una mina virgen, seguro... .

Claudio lo miró asombrado.

—¡Epa!

—¿Qué? No me gusta que me pasen<sup>79</sup>. Y menos una mina que elijo para toda la vida. ¿Hago mal?

---

<sup>75</sup> boludo: tonto. Actualmente muy en boga entre los jóvenes. Se usa como apelativo y como adjetivo. (ej: Che, boludo, no te hagás el boludo).

<sup>76</sup> planto: en esta frase, estaciono.

<sup>77</sup> Mercedes: Mercedes Benz, lujoso auto importado.

<sup>78</sup> bajarse una mina: tener relaciones sexuales con una mujer.

<sup>79</sup> que a uno lo pasen: que se aprovechen de la inocencia de uno.

—No, no digo eso... Me extraña que pienses en matrimonio. Que yo me case, vaya y pase, porque hace más de tres años que convivimos con Ana, y no queremos pibes<sup>80</sup> sin antes tener la libreta... Además, los dos pasamos los treinta. Pero vos...., todavía sos un pendejo<sup>81</sup> ..

—Más o menos. Tengo veinticinco.... Mirá, yo ya soy escribano<sup>82</sup>. Los negocios marchan todo lo razonablemente bien que pueden andar en este país de mierda. Después de todo, cuántos tipos de mi edad pueden decir que tienen medio palo<sup>83</sup> en el banco, ¿no te parece?. Además, correrla<sup>84</sup> ya la corrí... Lo único que me falta es casarme..

Claudio lo miró asombrado. ¡Era raro ese fulano!.. Pero, dentro de todo, no era tan mal tipo...

---

<sup>80</sup> pibes: chicos, niños. En la frase, hijos.

<sup>81</sup> pendejo/a: varón o niña joven.

<sup>82</sup> escribano: notario.

<sup>83</sup> palo: millón.

<sup>84</sup> correrla: andar de juergas.



## Un saludo distinto

¡Estaba muerto<sup>85</sup>! Carla se había empeñado en que la llevara al aeropuerto... Él sabía que el “ciento veinticinco”<sup>86</sup> no iba a llegar. Su auto<sup>87</sup> había dejado de funcionar diez años antes de que lo comprara de cuarta mano. Pero lo peor había sido lo del remise<sup>88</sup>. ¡Eso fue humillante! Menos mal que el tipo finalmente había aceptado los dólares de Carla. Él apenas tenía para el colectivo<sup>89</sup>. ¡También! ¿A quién se le ocurría viajar a fin de mes?.

Por lo menos era miércoles. Damián se animó. Quizás Marcela había preparado ñoquis de papa. Sí,

---

<sup>85</sup> estar muerto: en el sentido de la frase, cansado.

<sup>86</sup> ciento veinticinco: modelo de un automóvil marca FIAT, ya en desuso en la Argentina para la época de la novela.

<sup>87</sup> auto: automóvil, carro, coche.

<sup>88</sup> remise: automóvil de alquiler, con chofer.

<sup>89</sup> colectivo: bus, autobus, camión (México), transporte público automotor.

los miércoles era el día en que Julia tenía guardia en la inmobiliaria<sup>90</sup>, y Marcela se lucía con su especialidad.

La esperanza de una buena comida (¡al fin!), y algunos movimientos en el tablero de ajedrez le hicieron apurar el paso.

Al abrir la puerta de los Bianchi todo ocupó su lugar habitual.

La cartera nueva de Julia estaba en el perchero, la voz de Alberto tronaba por toda la casa, y el aroma de la salsa de Marcela, dulzona y picante como ella, venía a recibirlo.

Entró en la cocina pensando cuál había sido su última movida el miércoles anterior.

Pero al entrar allí, todas las piezas del tablero cambiaron rápidamente de lugar.

¿Qué había pasado?

¿Qué le había pasado?

No sabía. Sólo podía recordar... No, no recordar: sentir.

---

<sup>90</sup> inmobiliaria: negocio de venta de bienes raíces.

Había entrado en la cocina confiado. Julia le había dado un beso, Alberto un golpe en la espalda y Marcela...

Marcela, al oír su voz, y como si no hubiera estado esperando a nadie más, había corrido hasta él, lo había rodeado con sus brazos y mirándolo con ternura a los ojos le había dicho: “Hola, mi amor... ¿Cómo estás”.

Palabras chiquitas...

Palabras chiquitas que inundaron su corazón, iluminándolo.

Entonces, cuando Marcela lo abrazó, acurrucándose en su cuerpo, él se quedó quieto, sintiendo. Sintiendo...

No fue sino hasta después, que le devolvió el abrazo, rodeándola por la cintura, agachando su cabeza sobre los hombros de ella.

No podía recordar qué había sucedido luego. Sólo sabía que había buscado aquellos ojos celestes desesperadamente durante toda la cena.

—¡Eh! ¡Che<sup>91</sup>!—la voz de Alberto lo despertó de su sueño. —¿Me escuchaste?

—No... No. ¿Decías...?—balbuceó.

—Nada, nada – se burló Alberto.

—¡Cabeza de novio!—dijo Julia, con cierto alivio en la voz.

—Hoy me parece que hasta el jaque mate no paro...—insistió Alberto.

—¡No, che!..—interrumpió Marcela.

Marcela...

—... ¿Hoy también lo vas a copar<sup>92</sup> con eso del ajedrez? Pero, al final, ¿es tu novio o el mío?

—Está bien, está bien...—dijo Alberto, mientras miraba su reloj. – Les doy cinco minutos... Tengo veinticinco para reventar a este gil<sup>93</sup>, y a las once me voy con Lola..

---

<sup>91</sup> che: interjección para llamar a alguien en Argentina.

<sup>92</sup> copar: en un sentido figurado, ocupar en forma exclusiva.

<sup>93</sup> gil: gilí, tonto, lelo.

Damián seguía confundido. Marcela lo tomó de la mano y lo condujo hasta el patio. Ahí se paró en una de las columnas de madera, miró hacia la cocina, y ubicó a Damián justo frente a ella.

Él la dejaba hacer.

—Alberto sospecha—dijo la muchacha.

Damián no podía entender el significado de las palabras. Estaba sumergido en sus ojos azules. Trató de concentrarse, pero el calor del cuerpo de ella, ahora tan próximo, lo confundía. Miró su boca.

Su boca...

—Se lo dijo a mamá—insistió ella.

—Eso es terrible—respondió él, sin mucho convencimiento.

...deseaba esa boca...

—Vamos a tener que poner más onda<sup>94</sup> con esto del noviazgo, o Alberto nos mata... Damián, ¿me escuchás?

—Si, claro...

---

<sup>94</sup> poner onda: hacer algo con ganas.

—Ahí viene Alberto—dijo Marcela, que no había dejado de controlar la puerta de la cocina. Damián la escuchaba pero no le entendía. Ya no era dueño de sí. Sólo estaba esa terrible necesidad de ella.

Marcela lo miró, esta vez a los ojos. Se sorprendió. Había algo en la mirada de él que no había visto antes.

—Ahí viene Alberto—repitió Damián.

Y la besó. Suavemente al principio, con pasión después.

Ella se quedó inmóvil, receptiva. Sintiendo en todo su cuerpo aquel beso tan esperado. Aquel beso tan sorpresivo.... Sintiendo el calor de él, su fuerza.

—¡Vamos!—los interrumpió Alberto – Los cinco minutos ya fueron...

Marcela se separó y miró a Damián, confundida. Él le devolvió una mirada segura, casi desafiante... De alguna forma buscaba justificarse.

Alberto tomó a su amigo del brazo y literalmente lo arrastró a la cocina, mientras decía: —Che, ¿sabés que ya me tenían preocupados ustedes dos...? ¡Mirá que resultaron tímidos...!

Cuando la puerta de la cocina se cerró, Marcela quedó sola en el patio.

¿Qué había pasado?

¿Qué le había pasado?

Apenas le llevó cinco minutos a Alberto lograr su primer jaque mate. Seguidos, otros dos.

—Jugar así no sirve para nada—sentenció.—¡Hoy tenés la cabeza en otra parte!

—En otra parte...—, pensó Damián.

La madre de Marcela fue a buscarla a su cuarto. La luz estaba apagada.

—Marce... Te busca tu novio—susurró.

—Decile que estoy acostada.

¿A qué estaba jugando Damián?

—Es que ya se tiene que ir y me pidió especialmente que...

—¡Mamá!

—Es que a mi me parece que...

—¡Uf!.. ¡Está bien!

Su madre se fue y Marcela se levantó de un salto. Comenzó a vestirse, sin sacarse el camisón<sup>95</sup>. Su cabeza era un lío. Sentía vergüenza. ¿Se habría dado cuenta Damián de todo lo que ella había sentido? Seguramente... Ella era una idiota, y él podía jugar a su antojo. Divertirse, como cuando eran chicos y ella siempre quedaba “pagando”<sup>96</sup>.

Salió del cuarto y lo vio cerca de la entrada. Fue a su encuentro, silenciosa.

La actitud de él la confundió. No sonreía, no la burlaba... Parecía asustado.

—¿Te enojaste?—rompió el hielo Damián.

—No.

—Me pareció que te habías enojado por el beso... Era lo pactado, ¿no? Ser más novios adelante de Alberto.

—Sí..., claro.—dudó ella.

—Pero te enojaste...

---

<sup>95</sup> camisón: camisa larga de dormir.

<sup>96</sup> quedarse pagando: pasar por idiota.

—No, no me enojé... No se. Me sorprendí... No esperaba un beso tan... tan... ¡realista!

—¿Realista? — se extrañó él. —¿A que te referís?

Damián la miró desde la profundidad de sus ojos negros.

— Yo no se besar de otra forma—dijo, finalmente. — Yo sólo se besar como un hombre.

Un escalofrío corrió por el cuerpo de Marcela y su piel se erizó. Rogó a Dios que no hubieran enrojecido sus mejillas.

Otra vez era ella la nena.

Se sintió incómoda. Trataba de dar por terminada la despedida, pero Damián la retenía, hablando de cualquier pavada, mientras miraba insistentemente a la cocina.

Finalmente la puerta se abrió.

—Ahí viene Alberto—le dijo él.

Y la besó largamente.

Inés disfrutó cada sorbo de su taza. El café era una asco ( no había presupuesto para más), pero después de tanta sangre venía bien algo caliente.

Miró a Damián, desplomado en una silla. Era raro verlo aquel día. Él, que era la seguridad en persona,

atento a las necesidades de los otros, divertido, aquel día parecía un chico desamparado.

—¿Qué te pasa?—le preguntó, finalmente.

—¿Por qué?—respondió preocupado. — ¿Me mandé alguna macana<sup>97</sup> en el quirófano?

—¡No!.. Estuviste impecable...., como siempre. Pero desde que llegaste te noto... , no se, raro...

—Me siento raro... Pensándolo bien, me siento como la mierda...

—¿Tan mal, así?

—No, ¡peor!

—Pero, ¿qué pasó?

—Que se yo lo que pasó... Pasó de todo. Me pasó de todo. Se me dio vuelta el mundo... Todos los días la vida te pasa por delante, y de repente... No sé... Es como nosotros... Nosotros somos amigos, ¿no?. Todo de onda<sup>98</sup>, todo bien... Pero un día... Un día cualquiera...., ¡que se yo!,... venís y me saludás

---

<sup>97</sup> macana: cosa mal hecha. Error.

<sup>98</sup> todo de onda: amigablemente. De buena voluntad.

distinto... O me saludás igual, pero a mi me hace distinto. Y empiezo a sentir..., no se..., “cosas” cuando estoy con vos...

Inés miró a Damián.

Miró sus hermosos ojos negros. Siempre había sido conciente de que de haberlo conocido antes, hubiera sido capaz de enamorarse de él... Pensándolo mejor: que era capaz de enamorarse de él. Y pensándolo un poco más... No, mejor no pensaba tanto o se le quemaba el cerebro.

Decidió, con el mismo temple que tenía para realizar una cirugía, enfrentarlo y preguntar sin rodeos.

—¿Qué? ¿No me vas a decir que te pasa algo conmigo....?

Damián quedó sorprendido. Había tratado de hilvanar sus pensamientos, pero obviamente lo había hecho mal.

—¿Con vos? ¡Ojalá fuera con vos! Sería todo más fácil...

Inés se ofendió.

—¡Gracias! ¿Qué querés decir con eso? ¿Que me voy a la cama con cualquiera?

—No, no seas tonta... Sería más fácil porque sos una mujer ¿entendés?

A Inés se le heló la sangre.

—Entiendo—dijo Inés, dubitativa. Se le atragantó la pregunta, pero tenía que hacerla: —¿Y desde hace mucho tiempo que conocés al tipo?

Damián se sorprendió.

—¿A que tipo?

—No acabás de decirme...

No la dejó terminar la frase.

—¡No entendés nada! ¡Que dura que sos! ¡Como te cuesta!... No se trata de que sea un tipo, sino de que es una nena...

—Una nena...—repitió Inés, incrédula.

—Una nena..

—¿Menor de trece?—preguntó con miedo.

Damián se indignó.—¿Trece? ¡¿Pero por quién me tomás?!

Inés ya estaba perdiendo la paciencia.—Entonces, ¡¿cuántos años tiene?!

—Veinte—dijo él con vergüenza.

—¡¿Veinte?!, ¡¿Veinte?!—Sencillamente no podía creerlo. — ¿Quién te dijo que a los veinte una mujer es todavía una nena?

—Una mujer no, pero Marcela sí..

—¡No me hagas reír! Ustedes los hombres son unos verdaderos inocentes, por no decir boludos.

—No, no soy inocente.—protestó. — Yo a Marcela la conozco de toda la vida. Yo le cambié los pañales. Yo la ayudé a caminar... Yo le enseñé el siete por ocho. Yo se todo de ella... Y ella es una nena..

—Una nena de la que te enamoraste..

—¡¿Qué decís?! ¡¿Vos escuchás lo que te digo?!— se indignó Damián. —¡¿De qué amor me estás hablando?! ¡A ver si todavía te hacés el teleteatro<sup>99</sup>! Lo que te digo es que yo tengo esta amiga, ¿no? Que más que amiga es como una hermana menor. ¡Te imaginás! ¡Yo hasta le cambié los pañales! Bueno, y por un motivo que no viene a cuento, con esta amiga nos besamos. Un beso inocente, ¿entendés? Yo tenía ganas de besarla, pero eso no está mal. Porque somos amigos, ¿entendés? Porque yo a ella hasta los pañales le cambié. Una hermana casi... Y ahora cuando la veo me da como una ternura, ¿entendés?. ¡¿Entendés?!

Inés entendía perfectamente.

---

<sup>99</sup> hacerse el teleteatro: forjarse una idea ridícula en la mente.

Por un momento miró balbucear a Damián, tratando de convencerla y convencerse. Un hombre grande que para algo tan simple era un verdadero chico.

Damián, ante su silencio, insistió: —Es sólo ternura, ¿entendés? Ganas de besarla... Es como una hermana para mí. ¡Si yo, incluso,...

Inés lo interrumpió.

—Sí, ya se: “le cambiaste los pañales”..

La noche era larga.

Un colectivo se había quedado sin frenos, y se había incrustado en una casa. ¿Cómo se le explicaba a un padre que su hijo, que dormía en su propia cama, había muerto atropellado?

Una noche larga, una vida corta.

Inés miraba a Damián trabajar en el quirófano. Le costaba pensar que era el mismo tipo que hacía unas horas atrás había estado tan desamparado. ¡Que maravillosa cualidad la de los hombres que podían aislar totalmente su corazón de su trabajo!

Obviamente los cursos que había hecho Damián rendían su fruto. No dejó cara sin reconstruir, ni abdomen sin completar. — Este tipo va a llegar lejos—, pensó Inés con algo de envidia. Ella no podía desprenderse tan fácilmente de las cosas que le

pasaban por la cabeza, cuando estaba operando. Había sido excelente..., antes. Pero ahora, aunque más no fuera la culpa de no ir a una reunión en el colegio de sus hijos, la hacía rendir menos. En cambio Damián...

En cambio el corazón de Damián esperó seis operaciones para volver a derrumbarse, mientras tomaba un “café”.

—Estuve pensando...—dijo Inés, que lo observaba.

—¿Eh?

Damián parecía haber olvidado su presencia.

—Estuve pensando... Esa chica... Tu amiga. ¿Qué le pasó a ella cuando la besaste?

—Que sé yo lo que le pasó, si a mi en ese momento se me abrió el piso... No sé. Al principio me pareció que estaba enojada, pero...

—¿Ella tiene “onda”<sup>100</sup> con vos?

—¿Marcela?—Damián sabía de quien se trataba, pero paladeó el decir su nombre. — ¡Ella siempre estuvo enamorada de mi!

---

<sup>100</sup> tener onda con alguien: estar interesado sentimentalmente en alguien.

Inés lo miró detenidamente. Aquel tipo, que hacía apenas unos momentos parecía acabado, volvía a recuperar su sonrisa, su aire ganador.... ¡Hombres!, pensó Inés, pero no dijo nada. Escuchó. Escuchó más de lo que él, en su inocencia de macho orgulloso, creía estar diciendo.

—Desde siempre me quiso... Yo me daba cuenta, por supuesto, pero ¿viste?<sup>101</sup>, nunca le di alas. Era una nena... Es una nena... Ella me miraba con cara de boba y yo me hacía el “sota”<sup>102</sup>. Soy incapaz de aprovecharme de algo así...

—Hasta ahora—lo interrumpió Inés.

—¿Qué querés decir? Mirá que yo a ella nunca le falté el respeto...

Inés no esperó a que acabara.

—¿No me dijiste que la “chiquita” estaba muerta con vos?

—Si, pero...

Tampoco lo dejó terminar esa frase.

---

<sup>101</sup> ¿viste?: muletilla usada por los argentinos en la conversación.

<sup>102</sup> hacerse el sota: no darse por aludido.

—Y que vos, por juego, diversión, o “ternura”, no interesa, hacés el papel de novio con ella, sin que te signifique nada?

—Bue...

—No te parece que, sin vos quererlo, por supuesto, esta “nena” puede entender todos esos besos y esa cosa “tan tierna”, para cualquier lado y...

—Lo pensé, pero...

—... Y quedar finalmente hecha pelota<sup>103</sup> ..

Si algo había aprendido Inés en ocho años de matrimonio, era a discutir con un hombre, y a quedarse con la última palabra.

Damián se desarmó. Inés sabía que la tal Marcela iba a odiarla por lo que acababa de hacer, pero al final iba a agradecersele. Por más que él era un buen tipo, no podía permitirle que jugara con los sentimientos de esa pibita..., de esa mujer. Una compañera de desgracias.

Inés se sentía satisfecha, y en cierta forma, vengada. Pero cuando volvió a centrar su atención en

---

<sup>103</sup> quedar hecho pelota: quedar destruído.

Damián se dio cuenta de que su mirada vagaba. No se atrevió a hablarle. El silencio se hizo intenso, hasta que él, en un murmullo, casi para si mismo, comenzó a decir: —Yo no la quise lastimar... No se que me pasó... Yo... Tenés mucha razón. Tengo que cortar con esto. No puedo lastimarla. Basta de mentiras... Total, ya está... Tenés razón. Esta misma noche la corto, y que todo vuelva a ser como antes..

Antes...

Damián caminaba arrastrado por el viento ¿Ya habría llegado? Sí, seguro. Eran las nueve de la noche...

Necesitaba un cigarrillo. ¡Maldición!, ¿porqué había dejado de fumar?. Fito, un amigo, no iba a venderle puchos, pero siempre quedaba el otro kiosco de la vuelta. Sintió el placer del tabaco en su boca, y abandonado a ese placer, sintió la boca de Marcela en la suya. Un instante, sólo un instante... Tenía que sobreponerse. Esa noche iba a acabar con la mentira y todo volvería a ser como antes.

Seguro de su fortaleza entró a la casa de los Bianchi. No se escuchaba la voz de Alberto... Todo iba a ser más fácil.

¿Cuándo se lo iba a decir? ¿Cómo se lo iba a decir?. ¿Y si la lastimaba?. Todas esas preguntas fluían por la

cabeza de Damián, pero había otra que no se animaba a pensar: ¿y si a ella no le importaba?.

En la cocina, Julia se ocupaba de la comida, mientras Marcela estudiaba frente a un plato de sopa.

Marcela... ¿Siempre había sido tan hermosa?.

Trató de no pensar en eso. Tenía que saludarla. ¿Cómo?.

Finalmente fue ella la que tomó la iniciativa y lo besó en la mejilla... O en el alma, para él era lo mismo.

Mientras comían, Julia, como siempre, hablaba sin parar. Contaba algo acerca de una casa en venta, de un escribano conocido de Marcela, de una comisión.

Damián y Marcela callaban, cada uno pendiente del otro.

Sonó el teléfono y Julia fue al living<sup>104</sup> a atender. Quedaron solos, ocupados en sus platos, como chicos en penitencia. Cuando Julia volvió, Marcela la ayudó a levantar la mesa.

---

<sup>104</sup> living: sala de estar.

Damián comenzó a mirarla... No quería perderla. Tenía que decirle sin lastimarla. Tenía que decirle.

Cuando ya no aguantó más, se levantó de un golpe. Julia se sorprendió: ¿Te vas, Damiancito?

—Sí. Mañana tengo guardia..

Se acercó a Julia y la besó. Marcela iba también a despedirse, cuando él la cortó en seco.

—¿Me acompañás? Tengo algo que decirte...

Marcela se enjuagó las manos y lo siguió a lo largo del patio, hasta la puerta de entrada. Recién entonces él se dio vuelta y la miró. Miró sus ojos celestes, miró sus labios... Y se enfureció. ¡Todo eso era una estupidez! Todo eso tenía que acabar. Todo tenía que volver a ser como antes...

—Marcela, hay cosas que tenemos que hablar vos y yo...

—Claro—dijo ella, mansamente. Marcela era frágil, acostumbrada a obedecer.

—Somos amigos, ¿no? Amigos de toda la vida...

Ella asintió con la cabeza.

—Y lo del noviazgo trucho, no sé... No es bueno..

—¡Claro que no!—dijo ella, convencida. — ¡No me gustan las mentiras!

—¡Claro!—dijo él. — Por eso hay que terminarlo cuanto antes.

—¡Claro!—asintió Marcela con énfasis.

Damián la miró. Sus ojos. Su boca... Por un instante pudo imaginar la boca de ella en la suya, y la deseó. Tanto...

—Claro que no puede ser inmediatamente—se escuchó decir Damián. — Alberto podría sospechar.

—Claro—dijo no tan convencida ella.

—Mientras tanto vamos a tener que seguir con todo esto unos días más, para que no desconfíen. Después cortamos<sup>105</sup>, y chau<sup>106</sup>, tan amigos como siempre... Total, nosotros tenemos todo claro, ¿no?. Somos amigos...

—Claro...

La puerta de la cocina se abrió, y Damián no esperó a que apareciera Julia para besar a Marcela.

De nuevo.

<sup>105</sup> cortar con alguien: terminar una relación amorosa.

<sup>106</sup> chau: chao, adiós.

Marcela caminaba sin ganas. Para colmo Marita no había aparecido por la facultad y tenía que ir sola a la Cultural Inglesa. Llegaba tarde, lo cual era todavía peor. Ahora iba a tener que buscar especialmente al tal Ramiro después de clase, para alcanzarle el maldito sobre que le había dado su mamá. ¿Para que la metía en aquellas cosas?. ¡Justo darle algo al más buen mozo de la clase! Y, encima, le daba la impresión de que el tipo le había tirado onda<sup>107</sup> ... Siempre la habían intimidado los hombres lindos. Siempre la habían intimidado los hombres... Quizás por todas las advertencias de Alberto y Damián, no sabía. Cuanto más buen mozo un tipo... ¡Y vaya si Ramiro era buen mozo! Un potro, como decía Marita: pelo castaño, ojos azules, tan distintos a los de Damián...

¡¿Qué tenía que ver Damián en eso?!

La verdad era que a veces, de puro tímida, parecía antipática. Sobre todo si alguien le gustaba. Siempre le pasaba así. Por eso no habían sido pocos los

---

<sup>107</sup> tirarle onda a alguien: dar indicios de interés amoroso.

compañeros de “facu”<sup>108</sup> que al ponerse de novios con alguna amiga, y entrar en confianza, le habían terminado confesando que primero se habían interesado en ella, pero que “como no daba bola”<sup>109</sup> ...

La clase, cosa rara, no había empezado.

Quizás su reloj adelantaba de nuevo..., (un regalo de Damián, por supuesto).

Se acomodó en el aula vacía y vió con horror como entraba Ramiro y se sentaba a su lado. Se sintió más chiquita junto a aquel hombre grande, y tuvo la sensación de arder cuando, luego de saludarlo, le alargó el sobre.

—¡Que ojos tiene tu vieja!—dijo Ramiro, casi al pasar.

Marcela calló.

—Por eso, cuando dijo que era la señora de Bianchi, inmediatamente pensé en vos... No creo que, además de ustedes, haya muchas mujeres sueltas por Buenos Aires con esos ojos. Seguramente sería ilegal..

---

<sup>108</sup> facu: facultad dentro de la universidad.

<sup>109</sup> no dar bola/ cortar el rostro: demostrar desinterés en alguien.

¿Qué debía contestar Marcela? No pudo pensarlo. En cambio, comenzó a ponerse colorada. Se sentía como una reverenda idiota.

Ramiro la miró por el rabillo del ojo y, complacido, continuó: —Hermosa mujer, Julia... ¡ No hay nada que hacer!: de tal madre, tal hija...

Marcela ya casi desmayaba, cuando llegó su profesora.

Jamás se había alegrado tanto de empezar su clase de inglés.

Nunca había sido Damián tan feliz como por aquellos días. La gente le preguntaba si había adelgazado, o si estaba haciendo gimnasia, porque realmente tenía “buena cara”.

Convencido como estaba de que su noviazgo trucho era solo temporal e inocente, decidió disfrutarlo sin culpas.

Comenzó entonces a ver a Marcela todos los días, a acompañarla a la facultad, a besarla con la excusa de que alguien llegaba o, simplemente, por las dudas.

¿Qué sentía Marcela? Esa pregunta surgía una y otra vez en su cabeza, pero no lo inquietaba. Sabía que ella no le devolvía sus besos, pero los aceptaba mansamente. Eso le permitía mantener quieto a su

sexo. Mejor. “Todo onda tranqui”<sup>110</sup>, pensaba con gusto.

Y disfrutaba.

Incluso cuando Carla llamaba de Estados Unidos y comenzaba a interrogarlo, como si fuera el acusado y ella la fiscal, no se inquietaba. Después de todo, no mentía: no estaba con otra. Estaba con Marcela.

Sólo al escuchar la voz de Carla, grave y sensual, un poco deformada por el teléfono, una ligera inquietud recorría su cuerpo. Pero eso era bueno. Todavía la deseaba.

Lola miró el paquete, hipnotizada. Demasiado chico, pensó. El ruido metálico que hizo al sacudirlo casi paraliza su corazón: ¿llaves de un auto, quizás?.

Rompió el papel con urgencia y abrió la caja...

Un anillo. ¡Qué desilusión! Un anillo con un brillante gigante en el medio. Miró la cara de alegría

---

<sup>110</sup> “todo onda tranqui”: expresión coloquial usada en los últimos años por los jóvenes de Argentina para expresar que las cosas se hacen con calma.

de Alberto y entendió. Era un cintillo, una de esas cosas que se daban antes de casarse.

Suspiró mientras se lo probaba. Tenía medio auto usado en su dedo. Miró de nuevo a Alberto y sonrió falsamente.

Últimamente, gracias a su madre, había cambiado de idea respecto al matrimonio. Un marido era algo así como un seguro de retiro. Si todo iba bien, tenía la obligación de mantenerte, y si todo iba mal..., también. Lo que se dice, un buen negocio.

Además Alberto era uno de los pocos que todavía la hacían sudar en la cama. No estaba mal para marido... Sin contar que seguramente en Estados Unidos iba a echar buenas<sup>111</sup> porque, por lo que tenía entendido, era un médico excelente.

Claro que le había prometido al idiota de Damián que iba a dejarlo, pero ahora que lo había pensado mejor, ni intenciones que tenía.

Al principio, cuando se había armado ese lío con el teléfono, se había asustado pensando en la reacción de

---

<sup>111</sup> echar buenas: ganar fortuna.

Alberto. Era terriblemente celoso, y le salía la “tanada”<sup>112</sup> cuando de defender su honor se trataba.

Pero ahora todo era distinto. El imbécil de Damián había aprovechado la situación para “transarse”<sup>113</sup> a su cuñadita (¡la muy mosquita muerta!), y Alberto ni por broma iba a creer que aquello había sido sólo una farsa para tapar su mal paso. ¡Ni loca dejaba a Alberto!.. ¡Qué le contara, nomás! Él no iba a creerle ni una palabra. Así de enamorado estaba...

—¿Y?—preguntó ansioso. —¿Nos casamos antes de viajar a Estados Unidos?

—¡Claro, boludo!—dijo Lola mientras lo besaba.

Miró su anillo una vez más. —Grande la piedra—, pensó. —Fácil de “hacer plata”<sup>114</sup> en cualquier casa de empeño.

El casamiento comenzaba a rendir frutos.

---

<sup>112</sup> tanada: término usado en Argentina para aludir al carácter violento y emocional de los italianos.

<sup>113</sup> transarse: como se explicó, término equívoco. En este caso referido a hacerla su amante.

<sup>114</sup> hacer plata: vender a buen precio. Hacer dinero.

—¡La pu...

—¡Basta, Marita! ¡Cortala con las malas palabras!—la reconvino Marcela. Odiaba esa costumbre de su amiga de gritar groserías en medio de cualquier clase.

—¡Es que estoy re- caliente<sup>115</sup>! Justo este fin de semana se le ocurre a mi primo casarse<sup>116</sup> en Montevideo... Podría inventar algo y no ir..

—¡Como no vas a ir al casamiento de tu primo para ir al cumpleaños de mi hermano! ¡Estás loca!

—Pero es que en la fiesta de Chichi va a estar lleno de mecánicos como él, y verduleros como la novia. En cambio, en tu casa...

—¿Qué?

—Va a estar lleno de médicos solteros..

—Ni uno quedó sin pareja... Creo que solamente Luis, y ese no te gusta, seguro...

---

<sup>115</sup> caliente: en la frase, enojado/a.

<sup>116</sup> casarse: contraer matrimonio.

—Está Damián...

A Marcela le molestó que Marita incluyera a Damián en su lista de solteros deseables. ¡Ella sabía perfectamente como eran las cosas!.. Aunque, pensándolo bien, ¿cómo eran las cosas?.

—Que yo sepa, nunca cortó con Carla.—dijo Marcela, con el orgullo herido.

Carla... No había pensado más en ella. Sabía que estaba en Estados Unidos (Harvard, o algo así. ¡La mina era un bocho!<sup>117</sup>)... Pero Damián no le había vuelto a hablar de ella. ¿Lo llamaría alguna vez?.

Sintió celos al pensarlo. ¡Celos! Terribles celos. Como en aquel momento, cuando Marita lo nombró...

Estaba enamorada. Era tonto negarlo. ¿Pero Damián?.

Había aprendido dolorosamente a no dejarse llevar cuando estaba con él. Damián no hablaba sobre sentimientos. Sólo la besaba. Y ella se contenía, por miedo a quedarse “pagando”. Otra vez.

---

<sup>117</sup> bocho: cabeza. En la frase, “ser un bocho”, ser muy inteligente.

Marita la había estado observando, cuando finalmente dijo: —Bueno, no te enojés... Yo sé que entre ustedes...

—Entre nosotros, ¿que?

—¡Dale!

—No seas estúpida...

—¡Dale! ¡Si estás muerta por el tipo!

—No. Nada que ver...—dijo su orgullo.

—¡Pero, no mientas! Si se nota en como hablás de él...

—¿Cómo hablo?!.. Bueno, tampoco lo critico. Pero eso es porque... Que se yo. Es un gran tipo... Distinto a los demás...

—El único, me imagino.—dijo Marita, con sorna.

—No, no seas boba... Me refiero a que... No sé, viste que la gente está... como encerrada, que se yo, cada uno en lo suyo. Bueno, a Damián todavía las cosas le importan. Como el otro día, que iba con un traje nuevo y se paró a atender a un pobre hombre que habían atropellado. ¡Te imaginás como quedó!.. Y la forma que tiene de escucharte, de ocuparse... La

paciencia infinita que tuvo con su viejo cuando se moría... ¡La forma en que juega con mis primitos, cómo se copa<sup>118</sup> con ellos!.. O la ternura con que...

—Pará, pará...—la contuvo Marita. – Que si no, la que va a enamorarse, voy a ser yo.

Damián abrió el sobre con desgano. ¡Otra carta más! Aguas Argentinas volvía a acordarse de él, esta vez con un período prescripto que, por arte de magia, le reclamaban igual. ¡Ya estaba harto! Aquella covacha iba a costarle más cara que un palacio...

Pero era su casa. Y la amaba.

Cada pedazo de piso tenía historia. Su historia.

Algunas veces se imaginaba su futuro. Sus hijos, corriendo por aquel patio.

Sus hijos... Últimamente pensaba mucho en eso... Seguro que iba a ser un buen padre. Como su viejo...

Se dejó abatir por la nostalgia. Se echó en un sillón y comenzó a dormir.

---

<sup>118</sup> se copa: se entusiasma.

Cuando despertó, no podía recordar que había soñado, pero se sorprendió al darse cuenta de que estaba mojado... ¡Como cuando era un adolescente!

—Demasiado tiempo sin sexo...—pensó, lleno de furia. O quizás el llamado de Carla anunciándole su regreso. ¡Lo que fuera! No era un buen día para él.

Dejó el reloj a la vista y comenzó a bañarse. Faltaba media hora para que comenzara el cumpleaños de Alberto y quería llegar temprano porque a las doce tenía que estar en el hospital.

El agua caliente lo reconfortó pero, para su sorpresa, su sexo no se había saciado. ¿Con qué habría estado soñando? Posiblemente con Carla. Ahora que ella volvía iba a poder... Sin embargo, pensar en ella le producía cierta congoja...

¿Con qué habría estado soñando?

# El noviazgo no tan formal

La puerta de los Bianchi estaba iluminada desde las nueve. Las parejas entraban y se perdían en el ruido de la fiesta. Damián escuchaba el bochinche desde su casa pero, por más que lo intentaba, no lograba salir a la calle. Primero había sido Carla para asegurarse de que la estuviera esperando en el aeropuerto. Ya era la cuarta vez que lo llamaba. Evidentemente no le tenía confianza.

Después, la secretaria de Ramos Padilla. ¿Para qué lo quería el viejo? Ya lo había pensado y, ni loco se metía a hacer cirugía estética. Era como venderse, y no le interesaba.

El último al teléfono fue Claudio para avisarle que no se preocupara por el alquiler del jaquet para el casamiento, porque él se hacía cargo. Buen tipo Claudio. Debía estar muy desesperado por un padrino como para echarse uno tan tirado<sup>119</sup> como él.

---

<sup>119</sup> tan tirado: tan pobre, tan miserable.

Finalmente dejó el maldito aparato sonando y pudo llegar a la fiesta.

Estaba todo el mundo. Amigos de la facultad, de la práctica hospitalaria, alguna ex- novia. Todos... Todos menos Marcela.

Comenzó a buscarla por la casa. ¿No habría llegado? Sabía que solamente tenía dos horas, y aquel día todavía no habían estado juntos. ¿En qué estaba pensando esa chica?

Finalmente la vió. Parada en un banco, colgando una especie de guirnalda... La miró, como no solía mirarla... Miró su blusa tensa, sus piernas largas. Su pelo cayendo sobre su espalda. Toda su espalda. Su cuerpo... ¡¿Qué estaba mirando?!

No, ese no era su día.

Sintió crecer el enojo.

Se acercó hasta Marcela, y le susurró con furia: — ¡Bajate de ahí! ¡No seas papelonera<sup>120</sup>!

Marcela, sorprendida, trastabilló, y se asió a sus hombros para no caer.

---

<sup>120</sup> papelonero/a: el que hace “papelones”, ridículo/a.

Él la levantó en el aire, y se inundó de su perfume. Entonces recordó con quien había estado soñando. Y se avergonzó.

Marcela lo retó brevemente por llegar tarde, y se fue, respondiendo al llamado de su madre. Hoy era anfitriona.

Damián se quedó confundido, mirándola. Juan, un amigo de la secundaria, lo sorprendió.

—¡Como creció la nenita, ¿no?!—le dijo, en tono cómplice. —¿No sabés si está sola?, porque...

Damián lo interrumpió. —¡Es mi novia!—dijo furioso, y se fue.

Evidentemente, ese no era su día.

En un rincón, Damián comenzó a observar a todos. Marcela iba de aquí para allá llevando bandejas, charlando, riendo... Llamando la atención de los hombres.

“Como creció la nenita”. La frase retumbaba en su cerebro hasta lastimarlo.

Necesitaba a Marcela. Ahora. Ya.

Alberto y Lola comenzaron el baile. Ella se movía muy sensualmente. Poco a poco todos se fueron acercando y los siguieron.

Damián estaba nervioso. El tiempo pasaba.

—¿Bailamos?

La voz de Marcela, un poco burlona, lo sorprendió y se le metió en el cuerpo.

Empezaron a bailar.

Comenzó a sentirla. A embriagarse con su piel. Y tímidamente comenzó a recorrerla.

¡¿Qué estaba haciendo?!

Perdió el paso.

—Estuve pensando—dijo, para no pensar. —¿Te acordás aquella charla que tuvimos aquel día, cuando te estabas secando el pelo?.

Habían tenido muchas charlas cuando ella se secaba el pelo, pero Marcela no dudó a cual de ellas se refería.

—... Aquella charla sobre provocar a los hombres...—continuó Damián.

Ella sintió avanzar el enojo. Odiaba las injusticias, y si de algo estaba segura era de que jamás provocaba a nadie.

—¡¿Qué pasa con eso?!—contestó de mal modo. — Ya te dije que la minifalda...

No la dejó seguir.

—No, no es el largo. Es como te queda. No digo que a otra, pero..., ¡no se!, a vos...

—¡Me estás tomando el pelo! Esta pollera la tengo desde hace tres años... ¿Recién ahora te das cuenta?

—Ahora te queda distinta. ¡Habrás engordado!

Marcela se quedó sorprendida. Quizás era cierto. Pensándolo bien, las cosas ya no le quedaban como antes...

—¿Te parece que estoy gorda?—preguntó, preocupada.

Damián quiso tranquilizarla, pero sólo consiguió enredarse.

—No, no es eso... Es que algunas partes..., no sé... ¡Que se yo! Tu cuerpo... —. Se enfureció: —¡¿Qué tengo que estar hablando yo de tu cuerpo?!

Marcela enrojeció y se hundió en el pecho de él para que no viera su vergüenza. Tendría que empezar una dieta, pensó.

Damián se abandonó a sentirla en su piel. Luchaba contra si mismo, pero no podía evitarlo. Quería distraerse, pero todo lo llevaba a ella. Su respiración, su calor, su perfume...

—... Como el perfume que usás, por ejemplo.— volvió a la carga Damián.

—¡No me vas a decir que provoca, porque...!

—Yo no digo eso, pero hay algo que...

—Damián: yo no uso perfume – lo interrumpió.

Era cierto. No lo usaba.

Sin embargo, él podía identificar el perfume de su piel con los ojos cerrados. Conocía el olor de su miedo, el aroma del sol en su pelo, el...

—¿Por qué? ¿Huelo mal?—dijo ella, preocupada.

—¡No!

Y se le ahogaron las palabras.

—Vení. Estoy cansado—le dijo.

Y se sentaron. En el único hueco del inmenso sofá verde de la casa de los Bianchi. A su alrededor las parejas charlaban, reían, se tocaban, se besaban...

Y Damián, sin excusa, empezó a besar a Marcela. A recorrerla con sus manos. A desearla. Y ella se dejó inundar por ese deseo. Por su cuerpo caliente.

Y se dejó llevar por su propia necesidad...

—¡Perdón! ¿Molesto?

Lola había, literalmente, caído sobre ellos, mientras hablaba con sorna. – Parece que di un mal paso...

Marcela y Damián se separaron, avergonzados, confundidos. Lola se alejaba, mientras los miraba con una estúpida sonrisa en los labios.

Marcela trató de recomponerse, de cambiar toda la pasión por furia. Furia hacia su estúpida cuñada. Furia hacia su hermano, por traerla... Furia hacia si misma, por haberse dejado llevar adonde no quería ir.

Damián, en cambio, se sentía avergonzado. Se sentía en falta.

—Tenemos que hacer algo—dijo finalmente Marcela, con gran indignación. Necesitaba enojarse, cambiar de tema. No hablar de lo que había pasado a la vista de todos.

—Sí... ¡Sí! No me banco<sup>121</sup> más a esa mina...

Damián aprovechó para embarcarse él también en ese enojo salvador.

—¡Se cree que es la dueña del mundo!.. ¡Nosotros teniendo que mentirle a Alberto para salvarla!— insistía Marcela, mientras sentía que sus mejillas estallaban de vergüenza.

---

<sup>121</sup> bancarse a alguien: tolerar a una persona.

—¡Sí! ¡Ya mismo voy a exigirle que cumpla con lo que me prometió!

Damián se levantó y se fue a la cocina, en busca de Lola.

Necesitaba tomar aire.

Ahora se daba cuenta que la culpable de todo lo que le pasaba era Lola. Que si ella no se hubiera metido en sus vidas, ahora Marcela y él no... ¡Qué todo sería como antes!

Entró en la cocina hecho una furia, y se encontró a Lola tratando de encender un cigarrillo con el fuego de la hornalla.

—¿Te creés muy viva, no?!

—¿Por qué?—preguntó desafiante. —¿Me viniste a retar porque los interrumpí?

—No te hagas la idiota. No te vine a retar. Te vengo a exigir que cortes ya mismo con Alberto y que no vuelvas a pisar esta casa...

—¿Qué corte con Alberto? ¡Mirá!—le dijo mientras le mostraba su nuevo anillo. —Vamos a casarnos—.

—¡Sos una mierda! ¿Para ésto te salve?

—¿Me salvaste?—Lola enfureció como sólo podía hacerlo una hembra desplazada. —¡Yo te salvé a vos!

Vos estabas re-caliente con la nenita y me usaste para transártela. ¿Ya te la llevaste a la cama, al menos? Por lo que vi hace un rato, andás en eso... ¡Buena puta resultó la santa!

Damián se le abalanzó y, de un golpe, la tiró contra la mesa. Era la primera vez que le pegaba a una mujer.

—Tenías razón.

Inés se asustó al sentir la voz cascada de Damián. Lo encontró en un costado de la sala, sentado en el piso. ¿Estaba borracho?

—Soy un hijo de puta—continuó.

Ella calló.

—Creo que siempre la deseé... Siempre la estuve celando, porque en el fondo la quería para mi... ¡No se que me pasa! ¿Qué clase de basura soy? Es como una hermana para mi, y ella es tan inocente...

—¡Cortala con eso de la inocencia! ¡Es una mujer! Y no es tu hermana, que te entre en la cabeza. No hay nada de malo en que te hayas enamorado de...

—¡Pará! ¡Yo no estoy enamorado!—se defendió Damián. — No. Yo soy un reverendo hijo de puta que está re-caliente con ella. Como los otros. ¡Como todos los hombres que estaban en esa maldita fiesta! Y es

que ella....—Todavía le quemaba el recuerdo de su cuerpo. —... ¡La puta que estoy caliente con ella!

Hizo una pausa y continuó.

—Te juro que hasta hoy no me había pasado nada. ¡Te lo juro! Pura ternura. Y es que a mi ella me da mucha... , no sé,... Porque es re- dulce... Pero cuando hoy sentí su lengua buscando la mía... Cuando la sentí agitarse entre mis brazos, me volví loco...

Se revolvió en su asiento.

—¿Y qué vas a hacer ahora? ¿Mudarte, para no verla más?

Damián saltó, herido.

—¡No, eso no! Yo la necesito, es decir, ya estoy acostumbrado, ¿entendés?. No, yo no se vivir sin... Me refiero a que toda la vida estuvimos juntos. Es como si me dijeras que dejara de estar con Alberto. Sí, sí, es justo como eso. Me dolería demasiado, ¿entendés?.

—Pero dudo que tu amigo Alberto se pueda enamorar de vos...

—Tenés razón—respondió, abatido.

—Dami, querido: ¿cuánto hace que no te acostás con una mina?

—Y... desde que se fue Carla, son...

De repente su cara se iluminó. —¡Eso! ¡Sos una genio<sup>122</sup>!

Para sorpresa de Inés se levantó y la besó.

—¡Eso pasa! Yo soy demasiado hombre para estar sin una mujer... Me refiero a que con Carla, todos los días...

Inés sintió envidia de la tal Carla.

—... Y ahora ya hace casi...—continuó él. —¡No soy tan hijo de puta! Se me confundieron las hormonas, nada más. ¡Yo no estoy caliente con Marcela, estoy caliente con cualquier mina que se me acerque!

—No con cualquiera—, pensó, un tanto ofendida, Inés.—No con cualquiera—.

—Entonces, ¿no pasó nada en el cumple<sup>123</sup> de tu hermano?—preguntó Marita.

---

<sup>122</sup> ser una genio: ser muy inteligente una mujer.

<sup>123</sup> cumple: cumpleaños.

—No, nada—mintió Marcela, mientras se miraba la espalda en el espejo.

Sí, decididamente ese era el vestido indicado para el casamiento de Claudio, su primo. Era sobrio, sencillo y, fundamentalmente, barato. Era cierto que últimamente las cosas en su casa no andaban tan mal. El par de ventas que le había gestionado Ramiro Prieto a su madre eran fabulosas. La comisión de la casona de Burela y Congreso iba a durar por lo menos tres meses. Pero como iba todo en el país, tampoco era cuestión de tirar la plata en vestidos.

—Lo llevo—le dijo a la vendedora.

—Sos una pelotuda—la reprendió Marita. — ¡El rojo te quedaba espectacular!

El rojo era espectacular. Llamativo, escotado, le quedaba perfecto. Pero se hubiera sentido un semáforo llevándolo puesto. No, decididamente el negro era el mejor... y mucho más barato.

Las dos amigas salieron del negocio riendo y empujándose.

—¿Vamos a tu casa a estudiar?—preguntó Marita.

—Vamos.

—¿Puedo quedarme a cenar? ¡Quiero conocer a Damián!.

—¡Imposible! Justo le avisó a mamá que esta noche no venía..

—¡Qué mala leche!<sup>124</sup>—se enojó Marita.

—Que buena suerte—, pensó Marcela.

Damián quiso evitar papelones y fue a Ezeiza con un remise. El vuelo de Carla se retrasó, y el pobre muchacho sudaba sangre con cada minuto de espera. Esa ida al aeropuerto iba a costarle medio sueldo del hospital municipal.

Sin embargo, cuando vió aparecer a Carla pensó que todo había valido la pena. Ya se había olvidado lo hermosa que era. Al mirarla sintió en su sexo todo el deseo que había guardado en aquellos dos meses. Ya en el auto se besaron, se acariciaron, se mimaron. Cuando llegaron a la casa de ella, luego de que bajaran las valijas<sup>125</sup> y de que él le entregara hasta su último peso al chofer, comenzaron el viejo ritual de hacer el amor.

---

<sup>124</sup> “que mala leche”: expresión muy vulgar por “que mala suerte”.

<sup>125</sup> valijas: maletas.

Damián repasaba con sus manos el cuerpo voluptuoso de Carla, mientras ella lo interrogaba, una y otra vez, acerca de su fidelidad.

—Ésta es una verdadera mujer—pensaba Damián mientras la besaba. —Una mujer increíble—se decía mientras le arrancaba la ropa. —Una mujer fabulosa...

—¿Pasa algo?—preguntó Carla, secamente.

—No. ¿Por qué?—contestó, algo confundido.

Damián miró su sexo. La verdad era que se había distraído un poco pensando y...

Volvió a intentar.

Y otra vez más.

Nada.

Empezó con todo tipo de excusas: qué había tenido guardia toda la noche; que no había estado comiendo bien; ¡hasta llegó a echarle la culpa al remisero!..

Estaba profundamente avergonzado. Era la primera vez que le pasaba en toda su vida, y se sentía un total miserable.

Mientras tanto, Carla enloquecía de celos.

Odiaba las mentiras y le encantaba armar grandes escándalos. Además, era una buena forma de desquitarse de los nervios del viaje.

Finalmente, se calló. Lo vió tan abatido que sintió lástima por él y decidió no someterlo a un último interrogatorio. Lo dejó ir. Era una especie de libertad condicional, pensaron los dos.

Cuando estaba trazando las últimas líneas en su tablero de dibujo, Marcela sintió el timbre de la planta baja. Recordó que su madre había ido a la escribanía Prieto a entregar unos papeles. Tendría que bajar ella.

Seguramente era Damián, pensó. El día anterior no había aparecido, pero a la noche, cuando ella estaba empezando su plano, la había llamado. Habían estado hablando de tonterías hasta la madrugada. Él parecía nervioso. Como si hubiera querido decirle algo y no se animara.

Marcela tenía una remota idea de lo que podía estar perturbando a Damián. Pensaba que, quizás, como estaban las cosas entre ellos, él quería dar un paso más. Formalizar la relación...

Al besarla delante de todos sus amigos en el cumpleaños de Alberto, había presentado su noviazgo en sociedad y, quizás, sólo quizás, ahora fuera el momento de sincerarse también con ella.

Abrió la puerta de calle con ilusión, y se sorprendió al ver parado ahí al mismísimo Ramiro Prieto.

Su sonrisa segura, que lo hacía ver más buen mozo, si eso era posible, sólo sirvió para intimidarla.

—¿Está tu mamá?

—Creí que tenía que ir a tu escribanía...

—¡Tenés razón!.. ¡Qué estúpido!.. Bueno, no importa. Te dejo los papeles a vos, porque estoy apurado. ¿Puedo pasar?.

A pesar de su apuro, Ramiro pasó los siguientes sesenta minutos charlando con Marcela. Era extremadamente educado y puntilloso, ameno y buen conversador. Al principio ella estaba tensa, pero las graciosas anécdotas de su época de boy scout, o las de su adolescencia en la Acción Católica, lograron distraerla. El tiempo pasó rápidamente, y sólo lo notaron cuando sonó el teléfono celular de él.

—¿Sí?—Ramiro contestó, mientras sonreía a Marcela.

Del otro lado, su padre no reía: —El asunto de esa negrita<sup>126</sup> ... Lo llamé a Ordóñez. Tuvo que tocar<sup>127</sup> al comisario...

---

<sup>126</sup> negrita/cabecita negra: forma despectiva y racista de llamar a los nacidos en el interior de la Argentina.

—¿Y?

—Por esta vez está resuelto...

—¡Te dije!

—“¡Nada de “te dije”.—El padre de Ramiro estaba furioso. —Es la tercera vez en el año... ¡Que carajo te pasa! ¿Sabés cuánto va a costarme esto?

—Después arreglamos...

—¡Nada de “después arreglamos”! La muy puta estaba histérica y no había forma de pararla. Decía que si le quedaban marcas en la cara perdía sus clientes... Ya te lo dije: ¡sin marcas!

—Ya sé...

—Tuve que poner cinco mil...

—¿Para el comisario?

—¡No, si va a ser para la puta!.. ¡Me tenés cansado Ramiro! ¡Si no sentás cabeza...!

Ramiro miró a Marcela, y sonrió.

Luego respondió con aire distendido: —En eso estoy, viejo. Justamente en eso estoy...

<sup>127</sup> tocar/coimear: sobornar.

A Damián comenzaron a acabársele las excusas. Esa mañana se había sentido recompuesto, a pesar de haber estado hablando hasta tarde con Marcela la noche anterior. Decidió entonces, erróneamente, como se dio cuenta luego, sorprender a Carla con un ramo de rosas y unas facturas<sup>128</sup> para el desayuno.

¡Un desastre!

Creyó que todo era un problema de cansancio, así que cambió turno con Inés (una buena mina), y después de dormir una larga siesta se fue a buscar a Carla al trabajo. Ella, conmovida por su buena voluntad, se avino a acompañarlo a un hotel.

¡Mala elección!

La paciencia de la mujer llegaba a su fin. Empezó de nuevo con las recriminaciones por su presunta infidelidad. Y Damián más se empacó.

Al llegar a casa, lo volvió a intentar, pero su sexo estaba definitivamente muerto.

---

<sup>128</sup> facturas: brioche, croissants, panes de leche de sabor dulce.

Sólo de regreso el muy maldito finalmente comenzó a dar señales de vida. Lástima que para entonces ya estaba solo. Carla, decididamente, no iba a creerle.

Ramiro saludó a Marcela con un beso, y ella le respondió con una burla. Marita los miró sorprendida ¿Desde cuándo tanta confianza?

Al finalizar la clase de inglés, Ramiro les ofreció tomar un café juntos y, para asombro de Marita, Marcela aceptó de inmediato.

—Tu primo me invitó a su fiesta de casamiento...— dijo Ramiro.

—¿Vas a ir?—preguntó Marcela.

—... No sé... Voy a estar solo, y no conozco a nadie...

Marita estaba furiosa. Desde hacía veinte minutos que parecía pintada en la mesa de aquel bar. — Yo puedo acompañarte—, pudo decir, finalmente.

—La invitación es personal...—contestó Ramiro, sin mirarla, e inmediatamente volvió a dirigirse a Marcela. —¿Vos vas a ir sola?

Ella enrojeció. Demasiado directo, pensó Marcela.

—Voy a estar con toda mi familia...—respondió, sin comprometerse.

—¡Lástima!—dijo él.

¡Demasiado directo!, pensó con asco Marita.